

ROBERTO PRUDENCIO DE LARREATEGUI

EL SOCIALISMO REVOLUCIONA-
RIO EN LA OBRA DE DOSTO-
I E W S K I

EN LA VASTA obra de Dostoiewski, obra que sobrepasa el género propiamente novelesco para constituir una verdadera epopeya, la epopeya moderna, en la que se expresan, de la manera más cumplida, las grandezas y las miserias del mundo actual; los anhelos y los descaminamientos de la sociedad contemporánea; los abismos de santidad y de pecado a que puede llegar el hombre angustiado de hoy, en esa vasta obra, decíamos, no está ausente ningún problema, ninguna realidad que nos toque y nos hiera de cerca. Así se comprende que la doctrina y la realidad del socialismo ateo, que es el virus moral de nuestra época, ocupe en ella un ancho campo que merecería un detenido y minucioso estudio.

Pocos escritores pueden darnos, como Dostoiewski, una visión tan cabal y al mismo tiempo tan dramática de la realidad ética y política que constituye el socialismo revolucionario, pues él vivió dentro de la atmósfera en la que se gestaba el huracán que conmovió al mundo ruso en sus cimientos y que amenaza arrasar con los principios y valores de nuestra ecumenizada cultura occidental.

El mismo, en su juventud, se sintió arrastrado por la corriente revolucionaria, ganado por las añagazas de aquella hábil propaganda que tanto prometía, como nos lo cuenta en el *Diario de un Escritor*: "Ya en 1846 habíame iniciado Bielinski en toda la verdad de esa inminente "renovación del mundo" y en toda la santidad de la futura sociedad comunista. Todas estas ideas tocante a la inmoralidad de los fundamentos (cristianos) de la sociedad presente, a la inmoralidad de la religión, de la familia, a la inmoralidad del derecho de propiedad; todas esas teorías referentes a la abolición de las nacionalidades en nombre de una general fraternidad de todos los hombres, al desprecio a la patria como estorbo para una evolución general, etc., eran otros tantos influjos que, lejos de poder dominarlos, apoderábanse de nuestro

corazón y de nuestro cerebro en nombre de cierta generosidad. Sea como fuere, antojábasenos grandiosa la idea y muy por sobre el nivel de los conceptos entonces dominantes, y eso precisamente era lo que nos seducía. Aquellos de nosotros, es decir, no sólo de los petrachevskizantes¹, sino de todos los por entonces contagiados, que luego se sustrajeron radicalmente a aquel influjo letal y cautivante, a toda esa tenebrosidad y todo ese horror, que se les deparaba como su renovación y resurrección... no conocían por entonces las causas de su enfermedad, y por eso no podían combatirla². Hablando de Bielinski, el gran crítico literario y profeta de las nuevas ideas, nos dice Dostoiewski en otra parte del mismo libro: "En aquel tiempo era un socialista fervoroso, y en seguida empezó a hablarme de ateísmo. En lo que veo mucho de significativo, a saber: su asombrosa sagacidad y su don extraordinario para empaparse totalmente de una doctrina. La Internacional encabezaba uno de sus llamamientos —hará un par de años— con estas características palabras: "Somos ante todo una sociedad atea"; es decir que desde el primer momento iba derecho al meollo del asunto, a lo esencial: pues así empezó también entonces Bielinski"³.

Dostoiewski nos dice que la Internacional y Bielinski iban al fondo de la cuestión cuando se declaraban ateos, y es que para él la verdadera explicación de aquella doctrina es el ateísmo.

El ateísmo puede revestir varias formas: panteísmo, materialismo, positivismo, agnosticismo, etc. La forma moderna, es decir, actual, del ateísmo es, para Dostoiewski, el socialismo revolucionario, pues la meta hacia la que éste se dirige es hacer del Estado un dios, a base, naturalmente, de la aniquilación del Dios vivo. En una reunión del grupo revolucionario "Los Nuestros" la estudiante comienza su discurso afirmando que no hay Dios y las proclamas que en San Petersburgo repartía Lebiadkin, decían: "Cerrad inmediatamente las iglesias, acabad con Dios". Estos revolucionarios saben bien que matando a Dios en el corazón del hombre, éste les pertenecerá por entero y lo manifiestan cínicamente: "Donde hay un maestro que se burla, junto con sus discípulos, de Dios y de su cuna, ya es nuestro"⁴.

Los aspectos económico, social, ético, no son lo esencial del socialismo, sino las consecuencias de una posición primariamente atea. Negar a Dios es negar, en el hombre, su condición de creatura espiritual y por lo tanto su entidad personal, autónoma y libre, reduciéndolo a mero individuo de una colectividad, a un átomo de un compuesto social, por ende sujeto a un Estado que se constituye en lo absoluto. Pero mientras el hombre conserve una religión, es decir, un lazo con Dios, no será posible la absorción total del individuo por

el Estado, de ahí que el socialismo revolucionario se empeñe en extirpar toda creencia en Dios.

Insiste Dostoiewski en esto a propósito de Bielinski: "Como socialista tenía que empezar por derrocar al cristianismo —dice—, sabía que la revolución debía comenzar por una posición atea. Así que se empeñaba en destruir la religión, de donde procedían los principios morales de la sociedad que él atacaba. Familia, propiedad, responsabilidad moral del individuo... para todo esa tenía una negación radical. Sin duda comprendía que al negar la responsabilidad moral de la persona negaba también su libertad... A fuer de socialista, tenía que destruir la doctrina de Cristo, calificarla de falsa y torpe filantropía, ya condenada, según él, por la ciencia y por los principios económicos actuales; pero... de todos modos... quedaba la clara imagen del Hombre-Dios, su inaccesibilidad moral, su admirable y milagrosa belleza. Pero Bielinski, en sus inextinguibles arrobos, no se detenía ni aun ante ese insuperable obstáculo, como lo hizo Renán que, en su libro, plagado de errores, *Vie de Jésus*, dice que Cristo, a pesar de todo, representa el ideal de la belleza humana, un dechado inasequible que no podrá repetirse jamás"⁵.

¿Cómo sustrajo Dostoiewski a esta doctrina "letal y cautivante" según sus palabras? No nos ha querido pintar su evolución espiritual muy claramente: "Me sería muy difícil relatar cómo se han transformado mis convicciones, más aún no siendo ello, probablemente, muy interesante", anota en el *Diario de un Escritor*, en 1873. León Chestov, comentando la frase, dice que si por cierto es difícil, nadie admitirá que tal relato podría no ser interesante. "¿Existe acaso, en todo el dominio de la literatura —escribe— historia alguna de un interés más palpitante? La historia de tal transformación sería ante todo la historia del despuntar de las convicciones. Estas se transforman, nacen en el hombre bajo su mirada y por segunda vez, a una edad en que posee experiencia y una facultad de observación suficientes para seguir con atención ese misterioso y profundo proceso. Dostoiewski no habría sido psicólogo si ese trabajo interior hubiera podido escapar a su atención; y no habría sido escritor si no hubiese comunicado a otros los resultados de sus observaciones"⁶. Según Chestov es en sus novelas y a través de sus personajes donde nos hace ese revelador relato.

Desde luego fue muy lento, por lo mismo que muy hondo, el proceso interior por el que Dostoiewski se dio cuenta de que sus ideales revolucionarios no eran sino un fruto de su vanidad intelectual, de la presunción de participar en las "ideas nuevas" y en la rebelión política, pero que se hallaban muy lejos de la verdadera realidad hu-

mana a la que comenzó a comprender y amar sólo en Siberia. Claro que su prisión y su condena reafirmaron al principio aquellas convicciones, pero por una razón esencialmente moral. Un hombre de su integridad no podía doblegarse ante las torturas ni aun ante el pelotón de fusilamiento; los ideales que los llevaron a presidio eran, por el contrario, para él y para sus compañeros, la fuerza espiritual que mantenía incólume su dignidad y hasta su orgullo, como nos lo cuenta en el *Diario de un Escritor*: "Aquel veredicto que nos condenaba a ser fusilados y que nos fue leído antes de la ejecución, no era en modo alguno un simulacro; casi todos los condenados estaban persuadidos de que serían ejecutados, y durante unos diez minutos, por lo menos, experimentaron los horrores de la expectación de la muerte. Durante aquellos minutos, algunos de nosotros (lo sé por mí mismo) descendieron instintivamente hacia sus fueros internos, y, examinando en esos cortos instantes su existencia tan breve, es posible que lamentaran algunas de sus acciones (de aquellas que pesan en secreto sobre la conciencia de cada cual); pero aquello por lo cual se les condenaba, los pensamientos, las ideas que dominaban nuestro espíritu, no sólo no nos imaginábamos que debían provocar en nosotros remordimientos, sino que considerábamos, bien al contrario, que nos purificaban y nos convertían en mártires, y que por su causa mucho nos sería perdonado. Y esto duró mucho tiempo. Los años de presidio, los sufrimientos, no nos quebraron; no hubo nada que pudiera quebrarnos; todo lo contrario: nuestras convicciones sostenían a nuestras almas, conscientes del deber cumplido"⁷.

En Siberia fue donde Dostoiewski conoció a fondo la verdadera y secreta índole del hombre. Conviviendo con los reos de la prisión, maleantes de las distintas latitudes de Rusia, ladrones y asesinos los más, vio que en ellos alentaba un sentimiento de humanidad a veces más tierno y delicado que el de muchas gentes que se tienen por buenas, y descubrió que esas criaturas descarriadas eran también otros hijos de Dios. En *La Casa de los Muertos*⁸ nos hace el relato vívido de esa extraordinaria experiencia. En esa obra vemos las negruras pero también la luz de bondad de la que es capaz el corazón humano. Ante los actos de caridad y aun de abnegación de esos criminales, resuenan en nosotros las palabras que expresa el personaje de otra novela: "El alma es transportada, y reconoces que el último de los hombres es también hombre y hermano tuyo"⁹.

Compartiendo esa vida despiadada de la prisión, esa vida sin velos y sin mentiras, esa vida elemental en la que aflora lo auténtico del fondo de las almas. Dostoiewski pudo conocer a éstas en toda su verdad. Comprendió que a esos hombres no los movía siempre un

egoísmo fiero ni un resentimiento contra el mundo que los había castigado, sino un aliento de esperanza y de fe en un Dios de bondad, una necesidad de salvación, sobre todo una necesidad de caridad y de perdón. En ese mundo de las almas desnudas se dio cuenta de que sus convicciones socialistas y revolucionarias no interpretaban los verdaderos anhelos de esos hombres, que no constituían una muchedumbre alimentada artificialmente de frases como las políticas, sino que eran hombres de verdad, cada uno con su vida y con su muerte —inalienables, únicas—, hombres que sufrían, que esperaban y que creían en Dios. Esas gentes despertaron en él una nueva y más profunda concepción del hombre y de las cosas, como nos lo dice muy bien el pensador Soloviev: "En medio de los horrores de la "casa de los muertos", Dostoiewski, por primera vez en su vida, se encontró cara a cara con la infalible intuición del pueblo y a su luz se dio cuenta del error que encerraban sus aspiraciones revolucionarias. Sus compañeros de prisión eran casi en su totalidad gentes del pueblo y aparte de unas contadas y por cierto admirables excepciones, todas eran "gente mala". Pero aun esas "gentes malas" de las capas populares conservan siempre aquello que pierden las clases cultivadas, es decir, la fe en Dios y la conciencia de su imperfección. Los malhechores que se distinguen de la masa popular por sus crímenes, no se apartan por ellos de esta masa popular en cuanto a sus sentimientos, sus ideas y su concepción religiosa del mundo. Esta gente intelectual. Si en medio de éstos Dostoiewski sentía heridos los vestigios de su sentimiento religioso, en la "casa de los muertos" este sentimiento volvió a resucitar y renovarse en contacto con la sencilla y humilde fe de los presidiarios... En lugar del amargo resentimiento de un revolucionario fracasado, Dostoiewski sacó del presidio una clara visión del hombre que volvió a nacer espiritualmente: "Más fe, más unidad y si a eso se añade el amor, todo está cumplido", escribía. La fuerza moral renovada por el contacto con el pueblo, fue lo que confirió a Dostoiewski el derecho al alto puesto de nuestro movimiento social, donde apareció como un verdadero conductor del pensamiento y no como un servidor de los temas del día. A su regreso de Siberia, Dostoiewski no tenía aún clara idea sobre la verdadera meta que debe guiar a la sociedad. Sin embargo, tres verdades, en este orden de cosas, se le presentaban con signos de evidencia. Comprendió, en primer lugar, que los individuos, aun los mejores, no tienen derecho de forzar la sociedad en nombre de su superioridad personal. Comprendió también que la justicia del orden social no es una invención de la mente individual, sino que tiene sus raíces en la profundidad del sentimiento popular. Y finalmente, se dio cuenta que

esta justicia tiene un alcance religioso y necesariamente vinculado a la fe cristiana, al ideal de Cristo"¹⁰.

El socialismo carece precisamente de este alcance cristiano, y de ahí la falta de amor y de piedad que se manifiestan en su doctrina y en su acción, como lo vio claramente Dostoiewski al volver de Siberia. El novelista no conocía solamente la médula doctrinal del socialismo, sino también la acción conspiratoria de los grupos, el claroscuro de esas vidas en permanente rebeldía. Sin duda asistió muchas veces a las reuniones clandestinas de los focos revolucionarios que proliferaban en todas las ciudades de Rusia, y de los que nos da una clara vivencia en el grupo "Los Nuestros" de *Los Endemoniados*. En este grupo se amalgama el fanatismo de algunos, el resentimiento de otros, la estupidez de los más y la perversidad e impostura de los que se constituían como jefes. En aquellas sesiones donde todos se miraban con desconfianza y donde no brillaba el "amor al camarada" sino la vanidad y la ambición de cada uno de los asistentes, se daba rienda suelta a las más descabelladas opiniones y doctrinas. Se prometían "salvar a la humanidad" cortando "cien millones de cabezas", Schigalev, que era el teórico del grupo, el "nuevo Fourier" como lo llamaban, confesaba haber llegado a "una franca contradicción" con la idea que le sirvió de punto de partida. "Partiendo de la libertad ilimitada —decía— he ido a parar al despotismo ilimitado". Sin embargo, no tenía reparo en afirmar: "fuera de mi resolución de la fórmula social, no puede haber otra". Esta fórmula salvadora consistía en "la división de la Humanidad en dos partes desiguales —según informaba con vehemencia y con la convicción de quien ha encontrado el secreto de hacer felices a los hombres—. Una décima parte de la misma recibirá la libertad personal y un derecho ilimitado sobre las otras nueve partes restantes. Estas se verán obligadas a perder la personalidad y convertirse en algo así como un rebaño, y, mediante una obediencia sin límites, alcanzar la primitiva inocencia, por el estilo del primitivo paraíso, aunque por otra parte, tendrán que trabajar"¹¹.

Los que, como Schigalev, se ocupaban en imaginar sistemas salvadores, eran, aun dentro de su desatino, los menos peligrosos, pues otros, de la calidad de Verjovenski (que jefaturizaba el grupo de "Los Nuestros"), a la sombra de aquellas doctrinas revolucionarias, tejían una cadena de fechorías y ruindades, y aun de los crímenes más viles y cobardes. Lo que sucede en la novela, sucedería, a no dudarlo, en la realidad del mundo socialista que vivió Dostoiewski. Cuántas veces se apartaría asqueado de aquellos grupos, como hace su personaje Schatov, el intelectual, idealista y honesto, que se adhiere al grupo "Los Nuestros" por amor a la justicia, y que se retira después de haber

descubierto los abismos de maldad y de corrupción que albergaban las almas de los "camaradas" estilo Verjovenski. Pero no hay perdón para los que eligen el bien en los antros del mal. El "ángel" debía ser devorado por los "demonios". Acusado de traidor es asesinado, y asesinado vilmente, pues Verjovenski sabe bien que no hay tal traición, pero quiere vengar, con esa muerte, ciertos agravios personales y, además, ligar al grupo por un juramento de sangre, como le dice, con repugnancia, Stravroguín: "Hace poco le dije por qué necesitaba usted la sangre de Sçnatov, usted quiere con eso unir a su pandilla"¹².

El tema de este crimen, que con dos o tres temas más constituyen las tramas de la novela, fue, por lo demás, inspirado en un suceso real, que dio lugar a un célebre proceso y al descubrimiento de muchos entretelones en la actividad conspiratoria de aquella época¹³. Neschayev que, con Bukanin, era uno de los líderes del socialismo revolucionario y que fundó la "Sociedad del Hacha", justificando la violencia aun contra los hermanos, hizo asesinar a un "camarada" de su grupo, el estudiante Ivanov, cuya única culpa fue la de haber dudado de la existencia de un comité central del que Neschayev se decía delegado. Se supo que Ouspenski, otro de los líderes del grupo, objetó el crimen diciendo: "¿Qué derecho tenemos a quitar la vida de un hombre?", a lo que Neschayev habría contestado: "No se trata de derecho, sino de nuestro deber de eliminar todo lo que perjudique a la causa". Así, no habían derechos sino deberes para él, y esos deberes se fundamentaban en la necesidad de llegar a la meta propuesta por cualquier camino. Todo estaba permitido y la mejor vía era la violencia. Recordemos a este respecto la doctrina de Ivan Karamazov: "Si Dios no existe todo está permitido"¹⁴. Neschayev decía que habría que unirse "al mundo salvaje de los bandidos, ese verdadero y único medio revolucionario de Rusia". Era, pues, natural que se lo tuviera, como se lo tenía, por uno de los revolucionarios más fanáticos. No era ésta, sin embargo, la opinión de Dostoiewski. En un artículo publicado en el periódico "El Ciudadano" en 1873, refiriéndose Dostoiewski al bullado asunto, escribía: "¿Por qué se supone que los Neschayeves han de ser, por fuerza, unos fanáticos? Lo que suelen ser con harta frecuencia es, sencillamente, unos bribones". "Soy un tunante, pero no soy socialista", dice un Neschayev en mi novela¹⁵; pero yo estoy cierto que también pudo haberlo dicho en la realidad. Son unos bribones muy listos, que precisamente han estudiado a fondo el lado generoso del alma humana, sobre todo de los jóvenes, para luego pulsarla cual si fuera un instrumento musical"¹⁶. Lo frecuente, como nos hace ver acá Dostoiewski, es que la astucia fría de un hombre sin principios se sirva del fanatismo, ciego pero con frecuencia generoso

de la juventud, para impulsarla a una labor destructora de los principios éticos y políticos de su propia sociedad y de su propio país, y aun a cometer crímenes que en otras circunstancias reputarían de tenebrosos, pero que para su ceguera doctrinal de "revolucionarios" contribuyen a crear la "obra grande" del "universo sin fronteras", ideal del comunismo europeo, o la "patria nueva" de los nacionalismos socializantes de la América hispana¹⁷.

Experiencia, y experiencia amplia y honda tenía Dostoiewski de la acción conspiratoria de la Rusia de su tiempo; conocía el intrafondo, los entretelones de los grupos nihilistas y terroristas y pronto sin duda se dio cuenta de que el socialismo revolucionario era un mundo de crímenes, de insidias y de perversidades y fue perdiendo simpatía por él y alejándose de sus ideales políticos de juventud. Pero si a esto se hubiera reducido aquella corriente política, no habría sido mucho de temer y no creemos que hubiera ocupado en la obra dostoiewskiana un tan ancho lugar, pues la envidia, el egoísmo y aun el crimen son de todos los tiempos ya que anidan tan fácilmente en el pecho del hombre. Lo verdaderamente importante, en esta política, consiste en que el crimen nace de una doctrina que antes de herir al cuerpo envenena el alma. Esto es lo que vio muy claro Dostoiewski. Él cree descubrir en el socialismo revolucionario un espíritu demoníaco particularmente tenebroso, del cual emana su poder. El socialismo, a sus ojos, tiene algo de diabólico, y así se explica su fuerza de expansión, cada día más creciente, y además esa extraña seducción que tiene para las mentes juveniles o simplemente candorosas.

Al socialismo revolucionario sólo se lo puede comprender bien, según Dostoiewski, si se lo mira como una posición anticristiana. El socialismo trata de suplantarse a la Iglesia con el Partido y se presenta a los ojos de sus fieles como una nueva mesiada: anuncia en un futuro, de tiempo histórico, el paraíso de los trabajadores. Es, pues, la contrapartida del cristianismo, la otra cara de la medalla. Es el Anticristo, como bien lo vieron Dostoiewski y Berdiaeff. Este último escribe: "la sociedad y el Estado socialista pertenecen a un tipo que no es seglar ni profano, sino confesional, sagrado... de tal suerte que no queda sitio para nada "laico" para nada libre, para ninguna opción, es decir, para el libre juego de las fuerzas humanas... En un Estado socialista existe una fe, una creencia dominante, y los que abrazan esta religión dominante deben tener derechos privilegiados. Este Estado no es, como el estado liberal democrático, indiferente acerca de la fe: decreta su verdad y obliga a someterse a ella por la fuerza. El Estado socialista confesional pretende ser un Estado sagra-

do, bendecido por la gracia, no de Dios, sino del Diablo, pero de todas maneras por una gracia"¹⁸.

El socialismo, según esto, no es solamente una filosofía, una doctrina política o ética como tantas otras. Es una religión: la religión sin Dios, o mejor, la religión de los que quieren asesinar a Dios. Existe también una comunión de fe en el ateísmo para Dostoiewski. El general Ivolguín dice de Ippolit, en *El Idiota*: "Quiere que crea en el ateísmo". El príncipe Mischkin, refiriéndose a la apasionada adhesión que exige lo negativo, dice: "los nuestros no se vuelven simplemente ateos, sino que, irremisiblemente *creen* en el ateísmo como en una nueva religión, sin reparar que eso es creer en la Nada"¹⁹. El ateísmo, ciertamente, no es un escepticismo, sino una posición dogmática; no es una búsqueda, sino una actitud. El ateo no suele decir: "Yo no creo en Dios", y menos aún: "Dudo de su existencia", como lo diría un escéptico o un agnóstico, dispuesto siempre a aceptar los argumentos que puedan convertirse en luz de una verdad. Dice: "Yo soy ateo", y con un cierto ardor en la expresión que tiene algo de satánico.

El ateísmo es, en verdad, una nueva fe, la fe en la Nada, como dice Mischkin. Y la Nada tiene también una fuerza de vértigo: atrae como un abismo. La presencia de la Nada produce angustia, decía Kierkegaard. La Nada anonada, y hay momentos en que parece anonadarlo todo, y aun nosotros mismos nos sentimos vacíos, vacíos de Dios. Es fácil imaginar que aquellos que se dejan invadir por la Nada, sientan, en veces, un terrible deseo de destrucción. Así comprenderemos el germen del nihilismo, del terrorismo y de la revolución, de toda revolución, porque toda revolución nace de un impulso destructivo. "Toda revolución es abyecta —escribe Nicolás Berdiaeff—. No ha habido jamás revoluciones bellas, armoniosas y felices. Además, todas las revoluciones han resultado fallidas. Nunca hubo una revolución que haya salido bien. La Revolución francesa, a la que llaman "grande" fue abyecta e imperfecta. No fue mejor que la Revolución rusa, ni menos sangrienta, ni menos cruel: fue igualmente atea e igualmente destructora de todo cuanto la historia había consagrado hasta entonces... Toda revolución es una descomposición progresiva de la sociedad y de la vieja cultura. Las ideas que presentan a una revolución como ajustada a un ideal y a unas normas, deben ser por completo rechazadas. La revolución no es jamás tal como debería ser, puesto que no hay revolución obligatoria: una revolución no podría ser una obligación. La revolución es la fatalidad sobre los pueblos, es una gran desgracia"²⁰.

Comprendemos la aversión que siente Berdiaeff por las revolucio-

nes, y la compartimos, pues aunque ellas aparentan inspirarse en un generoso deseo de cambiar los viejos moldes y los sistemas anquilosados, en el fondo nacen de un espíritu resentido y de una posición negadora de todo valor, orden o principio. Las revoluciones destruyen con toda facilidad, pero nunca pueden levantar nada sobre las ruinas. Parece, además, que los revolucionarios se complacieran siempre en la etapa destructiva de su acción, pues a no dudarlo es un espíritu satánico de negación quien los alienta.

Y este espíritu negativo es lo propio del socialismo revolucionario. Así como el ateísmo es negación, negación de Dios, el socialismo es también negación, negación del hombre como criatura espiritual, negación del hombre como persona y como libertad, negación del valor de la vida, negación de la esperanza de plenitud, negación de la posibilidad de trascendencia. Es extraño que no se haya visto con claridad esta posición negativa del socialismo revolucionario, o por lo menos que no haya sido expresada en términos precisos.

Es verdad que esta actitud negadora se encubre con las añagazas de la justicia social y el mejor reparto de los bienes terrenales. El socialismo dispone también de un paraíso, que no proporciona la alegría de las almas, sino la satisfacción de los cuerpos. Se niegan las potencias espirituales del hombre para fundar, sobre esta negación, el poder material. Claramente se ve aquí la contrapartida en su pugna con el cristianismo. En *Los Hermanos Karamazov* se dice que el socialismo "es la cuestión de la torre de Babel, construida a espaldas de Dios, no para subir de la tierra al cielo, sino para hacer bajar el cielo a la tierra".

En la obra citada la doctrina del socialismo está representada por la figura del Gran Inquisidor, en el poema de Iván. Ahí vemos cómo el socialismo ha hecho suyo el programa presentado por Satanás en el desierto. Le ofrece al hombre "el pan de la tierra" para atraerlo y dominarlo. Dice a Cristo el Gran Inquisidor: "Rechazaste la única e infalible bandera que se te ofrecía para que los hombres se doblegasen todos ante ti solo: la bandera del pan de la tierra, y la rechazaste en nombre de la libertad, por el pan del cielo. Con el pan se te ofrecía una bandera invencible: reparte pan y los hombres te adorarán, porque el pan es la mejor garantía". Y como Cristo escucha sin responder, el Gran Inquisidor continúa: "¿Sabes que pasarán los siglos y la Humanidad proclamará, por boca de su saber y de su ciencia, que no existe el crimen y, por consiguiente, tampoco el pecado, que sólo hay hambrientos? . . . Ninguna ciencia les dará el pan mientras continúen siendo libres, y así acabarán por traer su libertad y echarla a nuestros pies y decirnos: "Mejor será que nos impongáis vuestro yugo, pero

dadnos de comer" . . . pues te digo que no hay para el hombre preocupación más grande como la de encontrar cuanto antes a quien entregar ese don de la libertad con el que nace esta desgraciada creatura . . . Tú les prometiste el pan del Cielo, pero ¿puede ese pan compararse a los ojos de una raza de gentes débiles, viciosas e ingratas, con el pan de la tierra?"²¹.

El socialismo sólo mira en el hombre el apetito que lo esclaviza y que lo humilla, y tiene una pobre idea de él: no lo cree capaz de sacrificio ni de heroicidad, menos aún de santidad; no ve en él sino a la hormiga laboriosa. Del hombre solamente se puede obtener algo, según sus enseñanzas, por la violencia y la mentira, "la violencia para el cuerpo, y la mentira para el alma". Y si un paso va de la admiración al amor, un paso va del desprecio al odio. Por el contrario el cristianismo, que ama al hombre tiene un concepto elevado de él. Lo mira como centro de valores y fuente de amor; lo concibe como persona y como libertad, como sujeto autónomo y responsable, y por eso es exigente con él. Le exige un amor de generosidad, una entrega libre y una vida en permanente tensión espiritual. No intenta sujetarlo ni por la violencia, ni aun siquiera por el milagro; quiere una fe libre, una entrega amorosa, como nos lo hace ver tan bellamente Dostoiewski en otra parte del mismo poema de Iván Karamazov. Hablándole de la segunda tentación de Satanás, el Gran Inquisidor le dice a Cristo: "Tú no bajaste de la Cruz cuando te gritaron: "Baja de la cruz y creemos que eres Tú". Tú no descendiste porque también entonces rehusaste subyugar al hombre por el milagro; estabas ansioso de fe libre; querías que los hombres te amaran libremente, no deseabas el fervor servil involuntario, obtenido mediante el miedo, amedrentándolos de una vez para siempre. Pero también ahí juzgaste demasiado altamente a los hombres, pues sin duda son serviles, aunque también por naturaleza, rebeldes. Te lo juro: el hombre es una creatura más débil y baja de lo que Tú te imaginaste . . . Al estimarlo en tanto, Tú te condujiste como si dejases de compadecerlo, pues le exigías demasiado . . . ¡y eso Aquel que lo amaba más que a sí mismo!"²².

Para el socialismo revolucionario el único medio de gobernar a los hombres es la fuerza, "la espada del César", porque el hombre "es un esclavo" y hay que conducirlo "como un rebaño". El mundo al que se pretende gobernar se basa, precisamente, en esta condición de esclavitud de los hombres. Aniquilado todo poder espiritual, se levantará un poder incontrolado y absoluto sobre la tierra. El poder del nuevo César, conductor de masas. El Gran Inquisidor le dice también a Cristo: "Si hubieras aceptado el mundo y la púrpura del César, habrías fundado el Imperio Universal y dado la paz al mundo. Porque

¿quiénes han de dominar a las gentes sino aquellos que dominan sus conciencias y tienen en sus manos el pan? Nosotros aceptamos la espada del César, y, al cogerla, sin duda te rechazamos a Ti... Al recibir de nosotros el pan los hombres verán harto claro que nosotros les damos el mismo pan que ellos con sus manos amasaron; verán que se lo repartimos sin nada de milagro; verán que no convertimos las piedras en pan, pero, en realidad, más que el pan mismo, estimarán el recibirlo de nuestras manos... El rebaño se reunirá en torno nuestro para siempre. Entonces, nosotros les proporcionaremos la felicidad mansa, apacible, de los seres apocados como ellos... Se asombrarán de nosotros; nos tendrán miedo y se envanecerán de vernos tan poderosos y tan sabios. Se echarán a temblar, decaídos ante nuestra cólera; se volverán tímidos, los ojos se les tornarán propensos al llanto, como los de los niños y las hembras; pero a una señal nuestra pasarán a la alegría y a la risa. Sí, nosotros les obligaremos a trabajar, pero en las horas de descanso, ordenaremos su vida como un juego de niños"²³. El Gran Inquisidor seguramente adivinaba que estos niños multitudinarios iban a jugar en los tiempos actuales con mil instrumentos de complicada técnica, máquinas voladoras y cohetes a la luna, y que contemplando esas maravillas llegarías a sonreír, pero con una sonrisa aún más triste que el llanto.

Sin duda pocas veces se ha expresado en forma tan clara y tan profunda el satanismo de la doctrina socialista como en este poema de Iván Karamazov. Dostoiewski no alcanzó a ver el triunfo y la realidad del comunismo en Rusia, pero tuvo una genial previsión de él. Las palabras de su Gran Inquisidor suenan a profecía; profetizan ese Estado Socialista absoluto que no sólo intenta dominar en los actos, sino también en las ideas, en los sentimientos, en el fuero íntimo del hombre; ese estado Leviatán de corte moderno que tiende a mecanizar la vida y convertir al hombre en un instrumento, en un tornillo de una diabólica maquinaria social, en un "tubo de órgano", como dirá el Hombre del Subterráneo²⁴, y cuyas visiones más dantescas nos han dado un Orwell²⁵ o un Kühnelt Leddihn²⁶.

El socialismo revolucionario quiere construir un estado absoluto sacrificando al hombre concreto, deshumanizándolo, arrancándole lo más profundamente humano que hay en él: su libertad, su capacidad de amar o de odiar libremente. Lo más tenebroso del socialismo no está en la tortura corporal cuanto en querer imponer una simpatía o antipatía a la fuerza. Dominar en la intimidad del hombre es matarlo como hombre, es absorber su libertad y su conciencia para poder conducirlo como una marioneta. Y ésta es la aspiración de la política socialista, como bien lo anota Berdiaeff: "El socialismo quiere poseer

todo el hombre, no solamente el cuerpo sino también el alma. En él se atenta a la más íntima y más misteriosa profundidad del alma humana. Sus pretensiones acerca de esto son una falsificación de las de la Iglesia. Sólo la Iglesia, en efecto, pretende ejercer el poder sobre el alma humana y se encarga de guiar a las almas; mas es consciente de los límites de su poder. El fondo del espíritu humano permanece siempre impenetrable al Estado. El Estado más despótico no exigió nunca que las almas se abandonasen a él en lo más sagrado de su interior. El Estado encarcelaba, condenaba a muerte, pero no exigía la sumisión espiritual. El socialismo de los comunistas sí lo exige y bajo la forma de un extremismo inverosímil. Quiere educar las almas en sentido mecánico, disciplinarlas hasta que se sientan cómodas entre el hormiguero humano, que sientan apego a la vida de cuartel, que renuncien a la libertad del espíritu. El cristianismo tiende ante todo a la libertad del espíritu humano y, por consiguiente, no admite la posibilidad de una educación mecánica de las almas para el Paraíso terrenal. Deja para el Anticristo el cuidado de hacerlo"²⁷.

Y el Anticristo es el socialismo revolucionario, y también, a los ojos de Dostoiewski, el cientismo positivista, o más propiamente ese absolutismo de la ciencia que pretende explicarlo todo y reducirlo todo a una máquina de calcular. Habría que recordar aquí las iras de Dimitri Karamazov al pensar en Claudio Bernard y en su método experimental, que, para su ignorancia de soldado, sintetizaba y resumía la Ciencia; habría que recordar también las protestas del Hombre del Subterráneo contra el muro de las evidencias científicas, contra el "dos y dos son cuatro", contra la necesidad lógica, contra "lo imposible", al que Dostoiewski, como Kierkegaard, oponía la persona de Dios, del ser que todo lo puede. La ciencia, para el sentir de Dostoiewski, debe mantenerse en los límites asignados a toda obra o creación humana: comienza a ser satánica cuando se erige en absoluta.

El Hombre del Subterráneo tiene del futuro una visión análoga a la del Gran Inquisidor, aunque más científicista, y, por ende, a los ojos de Dostoiewski, más terrible y diabólica. Cuando ese extraño y retorcido personaje se refiere al mundo del futuro, regido por la Ciencia, dice: "Todos los actos humanos se deducirán entonces matemáticamente a la manera de una tabla de logaritmos... Se publicarán obras bien planeadas, por el estilo de las enciclopedias actuales, y en las que todo estará previsto, calculado y arreglado, y ya no habrá en el mundo más azares y aventuras. ¡Aquello será Jauja!... Y cuando todo esté explicado y calculado sobre el papel, entonces, ciertamente, no se producirá ya lo que llamamos deseo". Pero reaccionando con-

tra esa mecanización humana, grita frenético: "¿De dónde han sacado los sabios que el hombre necesita desear de una manera sensata y provechosa? Solamente una cosa necesita el hombre: *querer con independencia*, cuéstele lo que le cueste tal independencia y cualesquiera fueren las consecuencias que de ella se deriven... Porque, en efecto, si verdaderamente se llegase a descubrir la fórmula de todos nuestros deseos y caprichos, explicando, además, sus causas, leyes que las rigen, forma en que se desarrollan, fines a que en tal o cual caso propenden, hasta hallar una verdadera fórmula matemática, entonces sí que podría ocurrir que el hombre dejase de desear, pues ¿qué placer habría en desear por orden ajena? Y además ¿por qué habría de transformarse el hombre en un tubo de órgano o algo por el estilo? Porque el hombre sin deseos, sin voluntad, sin aspiraciones ¿qué es sino un tubo de órgano?"²⁸.

Dostoiewski se opone acá, por boca de su personaje, no solamente a toda intervención de la sociedad en nuestro fuero interno, sino a que el hombre sea diseccionado por el escalpelo de la ciencia como una lagartija, o, peor aún, descompuesto en sus últimos tornillos y rodamientos como una máquina. El escritor ruso habría visto con repugnancia la tendencia actual de psicoanalizar a los filósofos y artistas, a los santos y a los conquistadores y explicar sus obras como manifestaciones de los impulsos primarios de la subconsciencia. Sentía horror por el determinismo psicológico, porque comprendía que la negación del libre arbitrio era la negación de la esencia del hombre. De ahí el grito de su personaje: "Solamente una cosa necesita el hombre: *querer con independencia*, cuéstele lo que le cueste tal independencia y cualesquiera fueren las consecuencias que de ella se deriven". Por eso salvar la autodeterminación, es, para Dostoiewski, salvar al hombre de los múltiples intentos que hace la sociedad actual para mecanizarlo o para convertirlo en un termita, negando su condición de persona, esto es, su condición de creatura espiritual.

En la obra de Dostoiewski vemos con frecuencia la afirmación de los valores de la persona frente a toda teoría o a toda fuerza que tiendan a avasallarlos o disminuirlos. Arkady Dolgoruki, de *Un adolescente*, defiende también como un tesoro su personalidad. Encarándose con un grupo de jóvenes socialistas les hace ver su distancia bien marcada con aquella doctrina: "Decidme, ¿de qué medio os podrías valer para atraerme y que yo os siguiera? ¿Cómo me mostraréis vosotros que podéis crear un estado de cosas mejor que el anterior, y qué lugar ocuparía en vuestro campo la protesta de mi personalidad? Desde hace mucho tiempo deseaba encontrarme con vosotros. Vosotros queréis tener cuarteles, hogares comunes, lo estrictamente necesi-

rio, ateísmo, comunidad de mujeres sin niños, éste es vuestro ideal, lo sé de sobra. Y por todo eso, por todos esos intereses ínfimos, por un poco de pan y por un poco de fuego que me asegura vuestro razonamiento, ¿he de abdicar mi personalidad?"²⁹.

Conservar la personalidad vale más para Arkady que la consecución de cualquier bien material, pues siente que en ella descansa el fundamento de lo que nos hace hombres, y comprende que el principal intento del socialismo es borrar esa esencia personal, esa impronta que ha dejado la creación en el alma humana y que es la fuente de nuestra libertad y dignidad. El socialismo no mira al hombre como *persona*, sino como un miembro colectivizado de la Sociedad o mejor del Estado que se constituye en entidad suprema. No le interesa su privativo sentimiento sino su acción pública. Es ciego para sus emociones, sus tristezas, sus esperanzas. Elimina la individualidad humana en provecho del grupo. Para él no existe sino el pueblo, o mejor esa abstracción que llama "pueblo", y a la que sacrifica, muchas veces con feroz crueldad, al propio pueblo auténtico, sufriente, compuesto de hombres, cada uno con su alma, con su angustia, con su vida íntima.

La mira del socialismo es borrar las diferencias humanas, matar el carácter personal, porque únicamente con hombres indiferenciados se podrá lograr la total colectivización de la humanidad, a la que aspira. El ideal del socialismo es construir un estado en el que no haya sino un solo tipo de hombres, totalmente iguales, intercambiables, sin rostro y sin nombre, a los que se pueda identificar únicamente por un número, por el número de su carnet, como ya sucede, por lo demás, en las urbes modernas, aun no totalmente socializadas. Nada horrorizaba tanto a Dostoiewski como esa nivelación del Estado termite que es la meta de aquella doctrina. El desprecio del hombre que acá se revela era para él signo inconfundible de satanismo.

El socialismo tiene, en verdad, en poca estima los valores humanos, sobre todo los de libertad, personalidad y dignidad, y esto es una consecuencia de su concepción materialista. En efecto, si al hombre se lo deja de mirar como hijo de Dios, como criatura espiritual abierta hacia la trascendencia, no queda de él sino su calidad de animal inteligente y laborioso, al que se lo puede convertir sin miramiento en un esclavo. Aquí se puede ver la radical diferencia del cristianismo y el socialismo en cuanto a su concepto y valoración del hombre. Para el cristianismo el hombre, como entidad espiritual, es libertad, y solamente en el ejercicio de esta libertad puede salvarse o perderse. Ahí radica su dignidad y su grandeza, aun cuando elija perderse, pues se perderá por su propia voluntad.

Dostoiewski ha mirado siempre al hombre como unidad espiritual, como personalidad diferenciada, única, inconfundible. Aun sus personajes más bajos y perversos son ellos mismos y ese carácter irreductible que les da la condición de *persona*, es lo que aún conservan de divino y por lo que siempre está abierto para ellos el camino de la redención.

El socialismo desconoce esta categoría del único, que es esencial al cristianismo y que con tanta profundidad ha subrayado Kierkegaard. El hombre, como persona, es único, de una absoluta y total originalidad: es él y no ningún otro. Cada hombre tiene su propia índole, su propio genio. Y es sobre todo en el amor y en la muerte donde se capta esta radical unicidad del ser humano. Cuando amamos, descubrimos que ese ser —el que amamos— es realmente único, que ningún otro podría sustituirlo en nuestro corazón, y cuando muere nos hallamos ante un vacío que nadie puede llenar y que vacía a su vez al mundo, dejándolo hueco, pues tal es el peso ontológico del ser a quien amamos —cuando verdaderamente amamos— que él solo llena el mundo.

El socialismo revolucionario, que no conoce el verdadero amor, juzga que todos los hombres son iguales, intercambiables como los tornillos de una máquina. Un hombre sólo se diferencia de otro hombre por lo que hace, por su función, ya que a los ojos del socialismo el hombre no es sino un obrero, una máquina que trabaja y produce.

Este concepto de que lo más importante del hombre es su trabajo, se ha extendido peligrosamente en la sociedad actual, al punto de que a nadie le sorprende que se juzgue y se valore a las gentes únicamente por la función que desempeñan. Nadie emplea una valoración moral para distinguir a los otros; nadie pregunta si aquel a quien le acaban de presentar es un hombre honesto, cumplidor de sus deberes y fiel a la amistad; lo que se pregunta es qué hace, qué cargo desempeña en la sociedad, pues eso nos dará la medida de su importancia. Lo que cuenta hoy no es el comportamiento ético sino la clase de trabajo que uno realiza. No se juzga a los hombres por sus dones espirituales sino en vista del provecho que aporta su labor, por la *función* que la sociedad les asigna.

El hombre, cada vez más, va dejando de ser persona, y se va convirtiendo en *funcionario*, lo que constituye una aberración, como lo ha visto con profundidad Gabriel Marcel: “Me parece —dice— que la edad contemporánea se caracteriza por lo que se podría llamar la desorbitación de la idea de función... El individuo tiende a presentarse a sí mismo y a los otros como un simple hacedor de funciones. Por razones históricas muy profundas y que nosotros no captamos

sino en parte, el individuo ha sido llevado a tratarse a sí mismo como un agregado de funciones, cuya jerarquía se le aparece, por lo demás, como problemática, como sujeta en todo caso a las interpretaciones más contradictorias. El hombre se identifica con sus funciones, y no hablo únicamente de sus funciones de empleado, o de sindicalizado, o de elector, hablo también de sus funciones vitales. La expresión, en el fondo tan horrible, de *empleo del tiempo* encuentra aquí su plena utilización. Tantas horas son consagradas a tales funciones. El sueño es también una función que hay que cumplir para cumplir las otras funciones. Y lo mismo sucede con el descanso. Comprendemos perfectamente que un higienista declare que el hombre necesita tantas horas de diversión a la semana. Acá hay una función orgánico-psíquica que no puede ser descuidada, supongo, como las funciones sexuales por ejemplo. Inútil insistir, el esquema es suficiente...

“Sin duda pueden presentarse principios de desorden y de ruptura: el accidente bajo todas sus formas, la enfermedad. Se concibe muy bien entonces, y es lo que pasa frecuentemente en América y creo que en Rusia, que el individuo sea sometido, como un reloj, a verificaciones periódicas. La clínica aparece entonces como una oficina de control y como un taller de reparaciones... En cuanto a la muerte, ésta aparecerá desde un punto de vista objetivo y funcional, como *fuera de uso*, como caída en lo inutilizable, como puro desperdicio... Es apenas necesario insistir sobre la impresión de angustiosa tristeza que se desprende de un mundo constituido así sobre la función. Sólo me limitaré a evocar aquí la imagen aflictiva del jubilado y también la muy conocida de esos domingos ciudadanos en los que los paseantes dan precisamente la sensación de jubilados de la vida. En un mundo así la tolerancia de la cual se beneficia el jubilado tiene algo de irrisorio y de siniestro”³⁰.

Este excesivo aprecio por la función anda parejo, en el mundo moderno, con la desmedida estima que se tiene a la técnica y a la máquina. La técnica es sin duda necesaria para toda labor, para todo arte. Los grandes artistas de todos los tiempos poseyeron una técnica, pero una técnica que estaba al servicio de su concepción estética, diríamos de su inspiración y de su genio. Hoy la técnica ha suprimido al genio y a la inspiración: ella lo crea todo, aunque hablando con más propiedad se diría que en la sociedad actual ya no hay creación, sino producción tan sólo. El genio creaba; la técnica produce. Y uno de los mayores productos de la técnica ha sido la máquina, ese otro gran demiurgo de la época moderna. La máquina ejerce en el hombre de hoy un hechizo singular; diríase que hay una especie de misticismo por ella. Todo se espera de la máquina, aunque a ciencia cierta no

se sabe tampoco qué es lo que se espera de ella, porque el hombre ha perdido toda clara visión de su porvenir y no sabe hacia dónde se encamina. Comenzando por servirse de la máquina ha terminado por convertirse en un servidor de ella. Hoy el hombre no es sino una palanca más de la máquina que pone en movimiento.

Esta desorientación sirve a los fines del socialismo revolucionario, que habla de utilidad, de subsistencia, de provecho económico y técnica del trabajo, haciendo de estos medios fines para suplantar los naturales y verdaderos fines del hombre, como la creación, el amor, la aspiración de santidad y plenitud, que el socialismo pugna por suprimir. El hecho de convertir los medios en fines es una de las características más salientes de la política materialista y atea, pues negar a Dios es negar al mismo tiempo toda finalidad humana alta y trascendente.

No se espera ya que sean los valores de Santidad, de Bondad, de Belleza, los que muevan al hombre, sino la utilidad, el provecho, la necesidad de subsistencia, aunque no se sepa para qué se subsiste, ni la utilidad resulte al fin de cuentas útil para nada. Hay acá una clara inversión de valores, y la inversión de valores es producto del resentimiento, según decía Nietzsche. Nosotros creemos, en efecto, que el resentimiento podría explicar y poner muy en claro el sentido de la política del socialismo revolucionario. El espíritu resentido produce la rebelión de los inferiores, de los ineptos que mascan su rencor, de las masas innominadas que aspiran a dirigir el mundo. Sus "ideales" se expresan también en una política resentida. Una política que trata de destruir todas las formas nobles y bellas de la vida; que nace de la envidia a la felicidad, a la riqueza, a la nobleza, a la inteligencia, al saber, que quiere anular toda grandeza e inferiorizar al hombre, nivelándolo por lo bajo. Y esto en nombre de una igualdad menguada y de una falsa justicia social. Esta política sólo habla de beneficios materiales; no trata de hacer al hombre más digno, ni más noble, sino de mantenerlo mejor. Los únicos "problemas" para ella son los problemas económicos, olvidándose de que "no sólo de pan vive el hombre".

Lo que al socialismo le interesa no es la felicidad individual, sino la subsistencia del mayor número, la pervivencia de la sociedad, sin atender para nada a la calidad o jerarquía de sus miembros. La propia educación no trata de obtener frutos óptimos, espíritus selectos, se esfuerza, por el contrario, en nivelar las inteligencias, así como en el plano económico, nivelar los estómagos. De ahí que el ideal del socialismo revolucionario sea la constitución de una sociedad regida por una organización inflexible, fría y cruel; en la que todos se alimen-

ten y nadie piense; en la que todos trabajen y nadie crea; en la que todos se reproduzcan y nadie ame. Una sociedad ciega, dura y despiadada, como la de los termites, en la que no hay más que un solo objetivo: subsistir, pero con una carencia angustiosa de fin.

Esta falta de alegría y de placer, esta gris austeridad que el socialismo revolucionario trata de imponer, podría engañar a muchos, haciéndoles creer que se trata de una política de sana moral, inspirada en el ideal del *deber*, como la kantiana, pero nada está más lejos de la verdad. La "austeridad" del mundo socialista no tiende a mejorar al hombre, sino a secar sus fuentes de alegría y de felicidad, que es tanto como secar las fuentes de su esperanza en un mundo mejor, pues la alegría, la verdadera y sana alegría, es como la anticipación del paraíso que el cristiano espera.

El ascetismo de los revolucionarios es un ascetismo demoníaco que se origina en su resentimiento y en su odio por toda vida plena y feliz. Es un ascetismo que no nace del amor, sino del odio. Max Scheler habla de él, llamándolo "el ascetismo moderno", y dice que es "la antítesis perfecta del ascetismo de la vida evangélica que tenía justamente por fin el incremento de los dones y fuentes de la vida, y entre ellas la capacidad de gozar. El ascetismo moderno se revela en el hecho de que el goce de lo agradable a que se refiere todo lo útil experimenta un progresivo desplazamiento, hasta que, finalmente, lo agradable queda subordinado a lo útil. También aquí, el motivo que impulsa al hombre moderno, partidario del trabajo y de la utilidad, es el resentimiento contra la superior capacidad de goce, contra el arte superior para gozar; es el odio y la envidia contra la vida más rica, que engendra siempre una capacidad de goce más rica"³¹.

El resentido, preso en su negro humor, odia la alegría y la dicha de los demás y quisiera, como el *Ricardo III* de Shakespeare, aniquilar toda felicidad humana y convertir al mundo en un infierno. Todo resentido es un satánico, pues el Resentido por antonomasia es Satán. Y el satanismo se manifiesta, modernamente, en el espíritu revolucionario que no es sino un puro ímpetu destructor. Posesos, endemoniados, son, para Dostoiewski, quienes alientan tal política negadora del orden y de la tradición, negadora del hombre como creatura espiritual, negadora de la libertad y del amor. Y así plasmará en su novela *Los Endemoniados* toda su visión de aquella mentalidad y aquella situación política.

Lo satánico, por lo demás, ha tenido siempre una gran importancia en la obra de Dostoiewski. Iván Karamazov confiesa que ve al diablo con frecuencia y Lebedyev, uno de los personajes del *El Idiota*, dice: "El diablo conservará su imperio sobre la humanidad hasta un límite

de tiempo que nos es todavía desconocido. ¿Se ríe Ud.? ¿No cree Ud. en el diablo? El escepticismo respecto del diablo es una idea francesa, una idea frívola. ¿Sabe Ud. quién es el diablo? El diablo en realidad es un espíritu grande y terrible"³². Se diría que en la manera que Dostoiewski tiene de concebir el mal hay un cierto resabio de maniqueísmo. Esta es por lo menos la opinión del profesor Jasinowsky: "El dualismo del bien y del mal, la significación del pecado para la purificación interior, el desdoblamiento interior de sus héroes, los acentos origenistas en la concepción de la salvación universal, en fin, el profundo interés por el problema de Judas unido al origenismo, ¿no enlazan quizás la obra de Dostoiewski con los movimientos gnóstico-maniqueos?"³³.

Decía Baudelaire: "hay en todo hombre dos inclinaciones simultáneas: la una hacia Dios, la otra hacia Satán"³⁴, y esta frase de Baudelaire podría servir de epígrafe a toda la obra de Dostoiewski, pues a través de la diversidad de sus novelas vemos una unidad temática que es la lucha entre el bien y el mal, lucha que tiene por palestra el corazón de los hombres. Cada uno de los personajes dostoiowskianos tiene un drama, él mismo es un drama, en el cual las fuerzas del bien y del mal combaten desesperadamente. En unos, como en Rascolnikov, de *Crimen y Castigo*, o como en Dimitri, de los *Hermanos Karamazov*, triunfa el bien y siempre por obra del amor; en otros en cambio el mal domina de tal manera que terminan por no ser sino personificaciones del odio, cuyo único deseo es humillar al hombre y destruir su felicidad, como Pietro Verjovenski de *Los Endemoniados* o el príncipe Volkorvski de *Humillados y Ofendidos*. Estos son los satánicos puros, los infieles a su propio destino, o sea a la obra de la creación que es obra de amor.

Lo demoníaco, que Dostoiewski define como "una potencia privada de fin y que no puede ya más que destruir", se manifiesta en la negación, en la mentira, en la intriga, en la impostura, en el fanatismo, en el crimen, esto es, en todas las formas del odio, que es también ceguera, ceguera para la faz angélica de la creatura humana. Pues bien, en ninguna otra obra como en *Los Endemoniados* de Dostoiewski, se pinta y se describe con mayor profundidad y dramatismo hasta dónde puede conducir el odio a los hombres y tornarlos un puro ímpetu destructor, es decir, hasta qué punto el hombre puede ser poseído por Satán.

Y observemos que esta obra no tiene como tema, ni un crimen (por lo menos como tema central), ni una pasión, ni un vicio, como lo podría ser el robo, el juego o la embriaguez, pues los vicios no son obra del odio. El tema del tal libro —de un libro en el cual se pinte-

el odio— no podía ser otro que el político, ya que en la actualidad sólo en la política llega esa pasión a su diapason más alto. El hombre de hoy ha hecho de la política su mundo y su destino. Como decía Napoleón: "El destino es la política". Por eso la política, en el drama moderno, ha substituido al destino que era el fondo de la tragedia antigua.

La esfera política le sirve maravillosamente al hombre satánico para desplegar sus odios, sus venganzas y sus crímenes, porque ella le da la posibilidad de enmascararlos con la careta del idealismo, del servicio a la justicia de los pueblos. Así, únicamente en la esfera política puede ser posible el crimen perfecto, porque quien tenga que zanjar alguna venganza personal puede acusar a su enemigo de ser traidor al Pueblo y a sus ideales, erigirse a sí mismo en fiscal y en juez y dar a su crimen la apariencia de un acto de justicia, quedando —el criminal— permanentemente impune, más aún, como un héroe y como un salvador. Y en esto consiste el satanismo del acto político: que un hecho criminal pueda aparecer a los ojos de un pueblo como una acción altamente moral y digna de aplauso.

Un crimen de esta naturaleza comete Verjovenski contra Schatov en *Los Endemoniados*. Schatov es el más idealista y honesto de los miembros de un grupo de socialistas revolucionarios que actúan en una ciudad rusa de provincia. Cree sinceramente en el ideal socialista, por amor a la justicia y por amor al pueblo, a su pueblo, a quien diviniza. Por lo demás no eran pocos los rusos que seguían esta doctrina esclavófila, de un misticismo de la tierra y del hombre apegado a ella; veían en el pueblo la expresión más fuerte de la divinidad y llegaban a una relación del pueblo con Dios. "Y tan profunda es esa relación —según escribe Romano Guardini, refiriéndose a ese sentimiento— que el propio pueblo se convierte en un misterio de Dios en el que es preciso creer. Quien pierde contacto con el pueblo, lo pierde asimismo con Dios vivo, pensamiento éste al que quizá pudiera calificarse de romántico, que sólo adquiere su verdadera y plena significación en la conexión en que para Dostoiewski están los conceptos de "pueblo de Dios" y "nueva creación". "Quien no cree en Dios tampoco cree en el pueblo de Dios, pero quien cree en el pueblo de Dios contempla también su santidad aunque hasta entonces no haya creído en ella". Quien abre su corazón al misterio de ese pueblo humilde y creyente, en el que constantemente se realiza el misterio de la acción creadora y redentora de Dios, se abre al mismo Dios"³⁵. Schatov es un apasionado de esta doctrina. Cree al comienzo que sus amigos participan de ella, pero al fin se da cuenta de que lo que mueve a sus pretendidos amigos no es sino el odio y la perversidad y

se retira asqueado, con un hueco en el alma. Hablando un día a Grigoriev del grupo, le dice Schatov:

—Yo no deseo nada con ellos. Usted sabe qué es lo que explica a esa gente, es el odio. Sí, ellos odian a su patria. Serían muy desgraciados si su país pudiera ser reformado, si llegara de pronto a ser próspero y feliz. Si así fuera, no tendrían sobre quién escupir. Ahora escupen sobre su país y le desean el mal.

—¿Y usted Schatov? —le pregunta Grigoriev.

—Yo amo a Rusia —contesta Schatov—, aunque no soy digno de ella. Por eso me siento triste de su desgracia y de mi indignidad. Esa es la causa de que ellos, mis antiguos amigos, me acusen de haberlos traicionado”³⁶.

Verjovenski, quien jefaturiza el grupo, al que llama “Los Nuestros”, guarda un viejo encono contra Schatov, del que, además, se siente despreciado, y teje arteramente su venganza, logrando que en una sesión de “Los Nuestros” se decida el asesinato del disidente. En este crimen político, como sucede en casi todos, hay en el fondo una venganza personal. Kirilov, con enojo, se lo echa en cara:

“Tú has matado a Schatov —le dice—, porque él en Ginebra te escupió en el rostro. Tú eres un miserable”³⁷.

Además Verjovenski necesita de un asesinato para unir a su grupo, ya que éste no existe, como fuerza política, más que en su cabeza. Hace creer a los demás que el grupo es una célula de una vasta acción política extendida por toda Rusia y aun por otros países europeos. Mas todo esto es una inmensa superchería. Su propio grupo carece de un lazo que una firmemente a sus miembros y Verjovenski quiere que ese lazo sea de sangre. El propio Stavroguín lo comprende así y le dice con desprecio: “Hace poco le dije a usted por qué necesitaba la sangre de Schatov. Quiere usted en esa forma unir a su pandilla”³⁸. Lo comprende, pero no hace nada por evitar el crimen, pues aunque no es un perverso, como Verjovenski, está él también, como los demás, poseído extrañamente por un espíritu demoníaco.

Pero si Stavroguín sabe los verdaderos móviles del crimen, no lo saben los otros miembros, que juzgan que han realizado un acto patriótico y de sana “limpieza”. Esta escena de la novela está, por lo demás, como ya lo dijimos más arriba, inspirada en un hecho real, en la primera “purga” que los socialistas rusos realizaron en la persona del estudiante Ivanov, precursora de todas las demás “purgas” que iban a tener lugar en Rusia y fuera de Rusia con el aplauso de las multitudes.

Domina aquí lo que hemos llamado en otro estudio la “moral del triunfo”. El que triunfa siempre tiene razón, es el héroe y se

erige en juez de los demás; el que fracasa es el delincuente que merece la horca, la cárcel o el exilio. El poder es la suprema razón, el "imperium". No hay más verdad que la que le interesa al Estado; no hay más justicia que la que se hace en nombre del "pueblo", y no hay más libertad que el incontrolado capricho de los que mandan. El estado Leviatán aplasta al individuo y lo aniquila, pero si aniquila los cuerpos, no puede apagar el fuego de las almas, ese pequeño santuario interior en el que habita Dios, y que será al final quien venza. Esto es lo que nos hace comprender la novela de Dostoiewski maravillosamente.

"Las dos ideas perniciosas que ha producido la Europa prometeica —escribe Walter Schubart— son: el ideal de la "personalidad fuerte" y el ideal del Estado de fuerza. Son las dos imágenes guías de la latinidad: el César y el Imperium. Con el primero se enfrenta Dostoiewski en *Crimen y Castigo*; con el segundo en *Los Endemoniados*. Esa doctrina errónea de los hombres fuertes y sus privilegios, pertenecientes a esa dinastía que desde el Príncipe de Maquiavelo hasta el Superhombre de Nietzsche domina la fantasía de Europa, ha sido desmascarada en *Crimen y Castigo*. Raskolnikov sigue este lema: "Todo está permitido". Se entusiasma por el ideal del hombre violento y quiere demostrarse a sí mismo y demostrar al mundo que "él no es un pobre miserable como todos los demás". Mata a la usurera, porque él "quiere ser Napoleón". Mas el camino del crimen no le conduce a la presunta altura del hombre-dios, sino a la celda solitaria del penitente arrepentido, donde "logra una nueva concepción de la vida". Se ve obligado a reconocer que el hombre no es dios, y precisamente así llega él al conocimiento de Dios. "También el fuerte es un pobre miserable como todos los demás"³⁹.

En *Los Endemoniados* condena Dostoiewski la unión violenta de los hombres, el "hormiguero templado", el intento, tan necio como orgulloso, de arrebatarse la dicha terrenal a viva fuerza y sin recurrir a la gracia divina. Uno de sus personajes dice: "Es una locura el querer lograr una nueva era y una nueva humanidad cortando centenares de cabezas". En Raskolnikov muestra la tragedia personal, y en *Los Endemoniados* la tragedia social del alejarse de Dios. En el término del camino que va hacia el superhombre está el penitente o el suicida. Tal es el sentido de *Crimen y Castigo*. En el término del camino que va hacia el socialismo ateo está la descomposición de la sociedad o la vuelta al cristianismo; tal es el sentido de *Los Endemoniados*. En la primera novela lucha Dostoiewski contra el ideal del hombre fuerte; en la segunda contra el ideal del Estado de fuerza. En la primera refuta a Nietzsche; en la segunda a Marx. Dos-

toiewski ve en el socialismo una forma especial de la rebeldía contra Dios. Por este motivo, él —¡el prisionero de Siberia!— no se pone del lado de los revolucionarios. Siente una aversión, no burguesa, sino cristiana contra la revolución. Es su contrario por amor a la libertad y por amor a Dios”.

Por lo demás, en *Los Endemoniados* se enjuicia no sólo el problema político y social, sino todos los grandes problemas que acosan al hombre desde siempre: el problema de la existencia de Dios, el problema del destino humano, de la felicidad, de la libertad, de la salvación, del amor; de la falta y del pecado y de la necesidad de redención; de la desesperación y la esperanza. En ese pequeño mundo de un grupo de conspiradores, vemos a las almas desnudas desgarrarse a sí mismas en una lucha desesperada entre el bien y el mal, entre el amor y el odio; vemos cómo se juegan a vida o muerte su destino, y cómo ciegos al camino que les abre el Cristianismo, y que algunos entrevén en el fondo de su corazón, se precipitan al abismo de su perdición, unos por odio, como Verjovenski, otros por falta de confianza, como Stavroguín, y otros, como el extraño Kirilov, por un malentendido sacrificio, por un satánico deseo de parecerse a Cristo, de ser un nuevo salvador. Kirilov, como lo veremos más adelante, se suicida por salvar a los hombres del temor a la muerte. No todos los personajes son perversos. Los hay buenos, ilusos, soñadores, pero todos están como poseídos de un espíritu demoníaco. Son verdaderos posesos⁴⁰.

La novela misma parece cobrar un ritmo endemoniado; es una trama tan laboriosa e intrincada, que hay momentos en que nos sentimos enredados en las lianas de un bosque tenebroso y otros en que nos parece asistir a una danza infernal, hasta que nos damos cuenta que estamos en el mundo y que esos diablos son hombres, hombres como nosotros, con sus angustias, sus dolores, sus desesperanzas y sus ansias infinitas de amor y de salvación.

Esta novela es para muchos la obra cumbre de Dostoiewski. Gide escribe en el libro que ha consagrado al escritor ruso: “*Les Possédés*, ce livre extraordinaire que je tiens, pour ma part, pour le plus puissant, le plus admirable du grand romancier”⁴¹. Esta es también la opinión de Albert Camus, quien, en un homenaje a Dostoiewski organizado por la radiodifusión francesa, dijo: “Sitúo *Los Endemoniados* al lado de tres o cuatro grandes obras, tales como *La Guerra y la Paz*, *Don Quijote* y el teatro de Shakespeare, que coronan el enorme acopio de las obras del espíritu”. El mismo Camus ha adaptado al teatro la novela en su drama *Les Possédés*, que es una de las últimas y más hermosas obras del escritor francés.

Los Endemoniados, más que una novela, es una epopeya, la epopeya del hombre moderno, dominado por problemas sociales y políticos. Pero del plano político, aparentemente banal, aunque sumidero de las más encontradas pasiones, sus personajes se disparan, con una sensación de vértigo, hacia las posiciones vitales más extremas, hacia las situaciones límites de la existencia humana. Son tres los personajes nucleares; tres encarnaciones de la nada y de la negación, de esa nada y de esa negación de las que ya hemos hablado: Stavroguín, que representa la negación de la esperanza y del vacío del vivir; Verjovenski, que es la negación pura del odio y el deseo puro de destrucción, y Kirilov, donde la negación cobra una dimensión metafísica, pues se origina en la angustia ante la idea de la muerte.

Stavroguín o la pasión inútil

Nicolai Stavroguín es uno de los personajes más complejos del mundo dostoiewskiano. Tiene algo de Iván Karamazov y al mismo tiempo de Dimitri, aunque estos dos hermanos son, como sabemos, completamente diferentes. Es un alma dual, contradictoria, en cuyo pecho luchan desesperadamente las fuerzas del bien y del mal, como según dijimos sucede con frecuencia en los personajes de Dostoiewski, pero en ninguno con la fuerza dramática que en éste. Dotado de los mejores dones naturales para ser feliz: apuesto, inteligente, rico, de refinada cultura y de un gran poder de seducción, que enfervoriza a los hombres y cautiva a las mujeres, se siente sin embargo espantosamente desgraciado porque su vida es la expresión de un vacío que nada puede colmar. Siente un hastío invencible, una desgana total. No lo arrebatan ambición alguna; no alienta esperanza, ni fe, en nada ni en nadie. Es un alma fría, jamás estremecida por ningún amor, pero incapaz igualmente de odio, ni aun de desprecio. "No me ha repugnado nada en la vida —dice—, por eso tampoco he sido capaz de amar nada"⁴². Es la frialdad que sólo cabe en un hombre vacío; en un hombre que tiene el corazón desierto.

"La vida en él parece haberse congelado. No puede sentir ni alegría ni dolor y sí sólo frías formas bastardas del sentimiento: el placer físico y el tormento de contemplar claramente, desesperado, su propio modo de ser, Stavroguín no vive. Estrictamente no vive. El corazón es por cierto lo que hace que la *vida viva*; no es la materia, no es el espíritu, sólo por el corazón vive el espíritu humanamente y vive humanamente el cuerpo del hombre. Sólo por el corazón el espíritu se convierte en alma y la materia en cuerpo y sólo por él existe la vida del hombre como tal, con sus dichas y sus dolores, sus tra-

bajos y sus luchas, miserable y grande al mismo tiempo. Stavroguín, empero, no tiene corazón y por tanto su espíritu es algo frío y sin contenido, y su cuerpo se envenena en la inercia y en la sensualidad bestial. De esta suerte no puede llegar hasta los demás hombres y ninguno de ellos puede llegar verdaderamente a él, porque es el corazón el que crea las posibilidades de unión. Por el corazón estoy yo en otro y lo que en ella se da son actos del corazón. Stavroguín está alejado de todos, no puede llegar a otro hombre, siempre permanece delante de él, junto a él, con él, pero dista mucho de estar en comunión íntima con él"⁴³.

En la carta que Stavroguín le dirige a Dacha, la hermana de Schatov, le dice: "Aquí a pesar de todo soy un extranjero como en todas partes"⁴⁴. En efecto, dondequiera que se halle, será un extraño, un solitario en medio de la gente. Nunca se sentirá hermano de los hombres, porque carece de un vínculo que lo una a los demás: no tiene a Cristo y, por lo tanto, es un huérfano del verdadero amor. No conoce el bien ni el mal, o por lo menos aparenta no conocerlos, aunque en el fondo sabe, y sabe desesperadamente qué es el mal y dónde está el camino de la salvación, pero siente desgana de ir por ese camino. Su desgana es falta de fe; de fe en Dios y de fe en sí mismo. No es, sin embargo, un hombre pusilánime; es un alma fuerte y que desconoce el temor, pero la suya es una fuerza "que carece de objeto, se envenena a sí misma y es impotente". Es una fuerza que no se decide a obrar y que deja obrar a los perversos; que deja que el mal y el crimen se realicen, como si no tuvieran importancia, o, quizás, como si no pudieran ser inevitables. El mismo sucumbe con frecuencia al mal, no por perversidad, sino por placer, por el placer de la cuncupiscencia. En Petersburgo se entrega a una vida de libertinaje, pero sale del desenfreno sin el menor esfuerzo, como de un mal sueño, y no conserva de él sino un sabor amargo.

Busca muchas veces la voluptuosidad en el propio tormento, en la propia humillación, como lo dice en su confesión al obispo Tijón: "Toda situación inusitada, vergonzosa, degradante, cobarde y, sobre todo, ridícula, en la que me ha ocurrido estar durante mi vida, produjo constantemente en mí, junto a una extrema angustia, una delicia increíble"⁴⁵. Ciertamente parece muchas veces buscar la humillación, como cuando no contesta al bofetón que le pega Schatov, en presencia de su novia Lizaveta, de su madre, la generala Stavroguina, y de muchos amigos. Al sentir que el puño de Schatov le cruza la cara, tiene por un momento la tentación de contestar al golpe, pero de pronto enlaza sus manos por detrás de la espalda y se queda tranquilo, mirando a Schatov, quien se siente desconcertado.

Este acto es tanto más extraño, cuanto que Stavroguín es un hombre irritable y que no conoce el temor, como nos lo dice el relator de la novela: "Nicolás Vsevolódovich pertenecía al número de esos temperamentos en los que no hace mella el miedo. En un desafío podía aguantar impávido el disparo del adversario, disparar a su vez y matarle con una tranquilidad rayana en fiereza. Si alguien lo abofeteara, creo que no lo provocaría a desafío, sino que, en el acto, mataría a su agresor; era precisamente hombre para eso y habría matado con plena conciencia sin perder en absoluto su serenidad. Creo también que nunca era presa de esos cegadores arrebatos de ira en los que se pierde el juicio. En medio de la cólera desmedida que a veces le asaltaba conservaba siempre el pleno dominio de sí mismo y no olvidaba que por un homicidio no consumado, en duelo, infaliblemente lo enviarían a presidio, aunque no por ello habría dejado, sin embargo, de matar a su ofensor y sin el menor titubeo"⁴⁶.

Hay en Stavroguín una como voluptuosidad del mal, de la ignominia, un gozarse en la propia abyección; una humillación del orgullo, pero no cristiana, sino satánica. El placer de la propia deshonra, la complacencia en el acto oprobioso por el hecho mismo de ser oprobioso. "Si yo hubiese robado —confiesa Stavroguín—, habríame encantado, en el instante de hacerlo, la conciencia de mi abyección. No es que me haya gustado la abyección —en este punto tengo el juicio sano—, sino que ese estado de embriaguez, derivado de la penosa conciencia de mi ruindad, me gustaba. Igualmente, cuando tenía un desafío, en tanto aguardaba el disparo de mi adversario, apoderábase de mí ese mismo sentimiento insensato, vergonzoso, y a veces con desusada fuerza. Confieso que con frecuencia buscaba yo las ocasiones de saborear esa sensación que sobrepasaba para mí en energía a todas las demás. Cuando me dieron aquellas bofetadas —dos me han dado en mi vida—, me dominaba, no obstante la rabia tremenda, esa misma sensación. Cuando refrena uno su rabia, la sensación de placer es indescible"⁴⁷.

Esa índole malsana de Stavroguín, ese espíritu lleno de tinieblas, que exprime su angustia hasta extraerle unas gotas de voluptuosidad, se manifiesta ya antes en otro personaje de Dostoiewski en el *Hombre del Subterráneo*. Este confiesa también en un momento de su largo y zigzagueante monólogo: "Llegaba alguna vez hasta el extremo, después de una de las más repugnantes noches de Petersburgo, cuando volvía a casa, a mi cubil, sentía... ¿cómo lo diré?... un goce secreto, anormal, vil, o un grato cosquilleo, al decirme "También hoy he cometido una vileza", tras haberme obligado, convulso, a reconocerlo y a reconocer que en modo alguno podría dar lo hecho

por no hecho. con lo que, entonces, interiormente, secretamente, por lo tanto, empezaba a punzarme, a roerme, a chuparme mi propia sangre, a desgarrarme y torturarme... hasta que al fin el dolor y la amargura se convertían en una dulzura ignominiosa, maldita... y luego en goce, en goce inequívoco, en verdadero goce. ¡Sí... en goce! No me vuelvo atrás... Los aclararé con más espacio. El goce reside aquí cabalmente en el reconocimiento, ofuscador de puro claro, de la propia ignominia. En el reconocimiento de que se ha llegado ya a la valla última. De que todo ello es, ciertamente, vergonzoso, pero que es así y no puede ser de otra manera. De que ni una posibilidad única le queda a uno ya de llegar a ser otro hombre. De que, aunque le sobraran a uno fe y tiempo para convertirse en otra cosa, uno mismo no lo haría seguramente. Pero que tampoco lo haría aunque quisiera hacerlo, porque, en el fondo, no existe nada acaso en que pueda uno convertirse"⁴⁸.

Tanto el Hombre del Subterráneo como Stavroguín están en situaciones límites. Son un pensamiento y una vida en tensión, en un momento de máxima tensión, de los que podría arrancarse una filosofía y una ética. Para Leon Chestov⁴⁹, en efecto, la filosofía de Dostoiewski se expresa en las paradojas del Hombre del Subterráneo, en su rebeldía contra las evidencias, contra el "dos y dos son cuatro", contra el muro de la "necesidad", en nombre del milagro, de Aquel que todo lo puede, en su deseo de liberarse del determinismo de la *naturaleza* por la escalera de la *gracia*. Parejamente, en el goce del propio mal de Stavroguín, de la propia humillación e ignominia, con todo su carácter demoníaco, podemos encontrar un profundo deseo de redención, y en su hastío total, en su vacío interior, en la Nada de su alma, quizás podríamos descubrir un hambre del Ser, un anhelo de plenitud.

Los que gustan explicar los hechos por los caracteres psicológicos dirán que en Stavroguín, al lado de un sádico, sólo había un masoquista. Pero el fenómeno es mucho más profundo y la interpretación psicologista se queda siempre en la periferia. Lo que hay acá es un carácter ético unido a un problema religioso. Stavroguín se halla atraído por el mal como por un abismo, pero al mismo tiempo siente el peso de la culpa y quizás, en lo más hondo, la necesidad de redención. Es un hijo de las tinieblas y al mismo tiempo un hijo de Dios. En él se manifiesta el "Ideal de Sodoma" coexistiendo con el "Ideal de la Madona" como en el descarriado Dimitri Karamazov. Pero el mal obra con mayor fuerza demoníaca en Stavroguín, porque éste tiene la inteligencia fría y satánica de Iván Karamazov. Stavroguín es un pecador: no rechaza el vicio y ni siquiera el crimen, pero lo importante

es que él se siente pecador; se siente manchado, entenebrecido. En Petersburgo ha seducido a una niña, Matrioscha, que sintiendo su mancha como un ultraje a Dios se ha suicidado, y este pecado lo lleva como un fardo que le pesa al punto que no puede continuar soportándolo, que no puede continuar viviendo. Siente horror por la negrura de su alma, y no concibe siquiera el perdón, no concibe que un Dios pudiera perdonarlo. Él ha cometido el pecado para el cual no hay remisión. Es un ateo, pero conoce el Evangelio: "El que escandalizare a los niños más le valdría que se dejara atar al cuello una piedra de molino y se anegara en lo profundo de la mar" (Mat., cap. XVIII, vers. 6).

Se siente perdido, pero no busca el camino del arrepentimiento y de la gracia. Él sabe, aunque finge ignorarlo, que ese camino está en el cristianismo; que la Iglesia es la puerta del perdón. Pero rehusa entrar por esa puerta. Rehusa la humildad. Hay en él un orgullo satánico, a pesar de sus extrañas humillaciones. Lo demoníaco, que ha hecho presa en él, pues él es un verdadero poseso, le impide toda entrega, sobre todo la entrega a Dios, aunque sepa que sólo allí puede estar la paz que busca. Pero él no quiere creer en Dios, ésta es la palabra, *no quiere* creer, porque la fe es una entrega, y él no quiere entregarse. Stavroguín es de los hombres que no se entregan nunca porque son incapaces de llanto y de ternura; prefieren escaparse por la ironía, por la frase burlesca, que no es signo de fortaleza, sino, por el contrario, de debilidad.

Por eso Stavroguín se queda siempre al margen de la acción decisiva, vacilante, y en veces permanece como indiferente ante el valor moral de un acto. Deja impasible que se cometa el crimen de Schatov y que Fedka, cumpliendo órdenes de Verjovenski, asesine a su esposa María Lebiadkina y a su cuñado el capitán Lebiadkin. Parecería que el bien y el mal le tuvieran sin cuidado, aunque en el fondo le acosa el peso de su culpa y siente una sed devoradora de castigo. No desea el perdón, sino el castigo, pero él mismo quiere ser quien se castigue. Por eso busca las situaciones humillantes y vergonzosas, y para castigarse en una forma despiadada, e irremisible como su pecado, se casa con María Lebiadkina, una pobre muchacha lisiada, coja, medio loca, y aunque no tiene nunca relación corporal con ella, ese matrimonio obstaculiza su enlace con la bella y aristocrática Lizaveta.

Este acto, aun en su desatino, tiene algo de propia inmolación, de sacrificio, que es como un remedo de la penitencia cristiana. No es solamente el placer de atormentarse y el goce del remordimiento como cree Schatov y lo dice un día en que, iracundo por los hechos del grupo, inculpa a Stavroguín:

“—¿Es verdad que ustedes creían que no había distinción entre diversión voluptuosa, bestial y cualquier proeza, incluso la de dar la vida por la humanidad? ¿Es cierto que ustedes en ambas cosas encontraban una belleza y un placer idénticos?

”—Responder a eso es imposible... No quiero contestar —balbuceó Stavroguín, que de buen grado se hubieren levantado para irse; pero ni se levantó ni se fue.

”—No sé tampoco por qué el mal es odioso y la virtud hermosa, pero sé por qué el sentimiento de esa distinción se borra y pierde en señores como los Stavroguines —continuó Schatov todo trémulo—. ¿Sabe por qué contrajo usted ese matrimonio tan oprobioso y ruin? Pues porque en eso la ignominia y el atolondramiento rayaron en genialidad. ¡Oh! usted no se pasea al filo, sino que se arroja de cabeza a la sima. Usted se casó por el placer de atormentarse, por el placer de los remordimientos de conciencia, por el deleite moral. Eso fue un arrechucho de sus nervios... ¡un reto al sentido común resultaba ya de por sí bastante seductor! ¡Stavroguín y una mendiga escupible, idiota y coja!”⁵⁰.

En este acto de Stavroguín hay algo más, bastante más de lo que ve Schatov, o por lo menos de su juicio en aquel momento de irritación: no es un simple acto de esos que le producían el deleite del propio dolor o de la propia humillación; aquellos eran hechos pasajeros, momentos de una vivencia intensa pero fugaz, el matrimonio será el fardo de su existencia entera del que al final no se liberará sino por el crimen. Stavroguín lo sabía y no era ni un mareado ni un demente. En propia conciencia buscó el castigo singular y terrible. Se diría que tenía un hambre callada e invencible de redención. Un paso más y Stavroguín llegaría a las lágrimas, anhelaría el perdón, buscaría a Cristo. Pero no da ese paso. No es tanto el orgullo como la desesperanza lo que lo retiene; es la desgana del esfuerzo, el vacío interior, esa Nada que se ha apoderado de su alma. No decide, no elige. Está su alma en tensión, pero es una tensión paralizada, por así decirlo. No tiene voluntad, porque a pesar de su vehemencia y de su fuerza, su vida carece del calor que sólo nace de la llama de la fe y de la simpatía. Tiene razón Guardini cuando dice que también existen pasiones frías, como hay ardor en el hielo. Y lo dice precisamente al pintar aquella alma extraña: “En ningún momento presentamos en Stavroguín una emoción cálida, un torrente de conmoción íntima, un auténtico ardor de corazón. Lo que lleva a la muerte a Lizaveta aquella noche en que ella da todo su ardor para comprender que Stavroguín continúa incommoviblemente frío, indiferente hasta lo más hondo de su ser, es precisamente ese conocimiento. Entonces

todo para ella se convierte en ignominia y en horror. El mismo sabe que su frialdad es horrible y se desespera por su indiferencia, pero nada hace por vencerla"⁵¹.

Stavroguín es incapaz de toda afirmación, ya que nada lo alegra, ni nada lo irrita. No encuentra nada por qué vivir, ni por qué morir. No tiene voluntad ni aun para matarse, como le dice a Dacha en su última carta, que es como una íntima confesión. En ella reconoce que él fue el inspirador del asesinato de su esposa, la pobre María Lebiadkina: "Le aseguro que en conciencia soy el culpable de la muerte de mi mujer. Culpable soy también para Lizaveta Nikolaievna; pero eso usted lo sabe; usted lo había predicho casi todo". La verdad es que nunca dijo palabra alguna a ese respecto, ni sugirió ninguna muerte, pero dejó que Verjovenski adivinara sus deseos y se complaciera en sus crímenes. Está también el asesinato de Schatov que él no impidió que se consumara, y el suicidio de Kirilov, cuya alma envenenó con sus doctrinas sobre el hombre-dios. Stavroguín quiere huir de sí mismo y le propone a Dacha, la hermana de Schatov, que se vaya con él al extranjero, a un pequeño cantón de Suiza, de un paisaje sombrío, "un lugar donde las montañas limitan la vista y el pensamiento". Lo ha escogido quizás para no pensar, para vivir en un letargo sin recuerdo. Tal vez en la sumisión amorosa de Dacha pueda encontrar lenitivo a las acusaciones de su propia conciencia. Una huida que sería una especie de muerte.

Pero comprende que esta fuga de sí mismo es indigna y cobarde. Para él ya no puede haber ni paz, ni perdón. Aunque ha querido vivir siempre más allá del bien y del mal, le repugna el placer que se busca como lenitivo del pecado. Y le dice a Dacha: "Será mejor que no venga. El llamarla a usted es una villanía espantosa". Su corazón es incapaz de albergar la esperanza; no cree posible la regeneración. Se suicida, y aunque este acto es desesperado y anticristiano revela, sin embargo, que Stavroguín no es lo suficientemente canalla como para olvidarse, en los brazos de una mujer, de todas sus iniquidades. No podría vivir tranquilo y sonriente, como lo hace Pietro Verjovenski después de sus crímenes. Sabe que ya no puede ser feliz, y aunque rehusa el camino de la salvación, el camino de la Iglesia de Cristo, tampoco puede arrojar sus pecados a la espalda y seguir gozando de los placeres de la vida, como un malvado.

La mortal negación que para todo, para todo valor ético, se manifestaba en Stavroguín, debía conducirlo necesariamente a la negación del orden social y la estructura política y simpatizar con los movimientos nihilistas y revolucionarios. Es amigo de todos los componentes del grupo "Los Nuestros", que lo admiran y que ven en él al fu-

turo líder. Verjovenski quiere hacer de él el zar rojo que dominará a Rusia después de la gran revolución. Pero tampoco alienta en él la pasión política y, como para todo, muestra una escéptica desgana para aquellos ideales. Se niega a jefaturizar el grupo y en las pocas sesiones a las que asiste permanece callado. Conoce la perversidad de Verjovenski y la estupidez y falsedad de Liputin, de Virguinski y de Liamschim. Al único que respeta y admira es a Kirilov, a quien lo sabe íntegro en su pensamiento y en su vida. Reconoce también la honestidad de Schatov, una honestidad que le hiere y con la que no simpatiza. La frialdad de su alma se siente extraña ante estas vidas en tensión. Confiesa que les envidiaba sus ideales: "¿Sabe usted —le escribe a Dacha— que yo también miraba con rabia a nuestros negadores, por envidia de sus ilusiones? Pero usted se alarmaba sin motivo; yo no podía ser su camarada, porque no compartía nada con ellos. Para burlarme, por maldad, tampoco, y no porque le tema al ridículo —a mí el ridículo no puede asustarme—, sino porque, a pesar de todo, tengo hábitos de persona decente y me asqueaba. Pero de haberles tenido más rabia y más envidia, es posible que me hubiese unido a ellos. ¡Juzgue usted hasta qué grado me habría sido fácil y cómo he vacilado!"⁵².

En esta carta los llama "nuestros negadores", porque él sabía muy bien que esa acción conspiratoria no crearía nada y que no sembraría sino la destrucción y la muerte. Para jefaturizar tal grupo se necesitaba, pues, un hombre que llevase su nihilidad a la acción, su pasión de la Nada al anonadamiento, un hombre que se gozase en destruir, y éste era Verjovenski.

Verjovenski o el satanismo político

Pietro Verjovenski encarna, de la manera más cumplida, el satanismo político. Hombre sin ideales y sin principios, no reconoce la vigencia de ningún valor ético y se complace en pisotear todo lo que la humanidad respeta y venera, toda creencia y toda virtud. Su cinismo no se detiene ante nada; no lo conmueve ni el amor filial, ni el candor de los niños, ni el dolor de los hombres. Es incapaz de comprender las angustias y los remordimientos de Stavroguín, ni los móviles del suicidio de Kirilov. No conoce ni el ansia de felicidad y plenitud, ni el sufrimiento que purifica y ennoblece. No existen para él ni la esperanza ni la fe. Todo su goce consiste en destruir; quiere destruir la familia, la sociedad, la felicidad de los demás; el amor humano. Verjovenski odia a los hombres. Odia a su padre, a sus amigos, al mundo en el que vive. Odia sobre todo los ideales y la fe: se burla

de la virtud, de la caridad, del bien, se ríe de todo lo que es generoso y noble. No lo mueve sino el ansia de destrucción. Y no hay freno alguno para él; no hay diques a su sed negadora. “Era —dice el relator de la novela— la animalidad no frenada por principio alguno, por ninguna regla. Repugnaba su sonrisa siempre sardónica. Era un monstruo, un Cuasimodo moral”⁵³.

Un hombre así estaba hecho para respirar a sus anchas en la atmósfera malsana de la intriga política. Reúne a los descontentos, a los resentidos, a los demagogos, a los ilusos y forma con ellos el grupo de los conspiradores. Dentro de sí se burla de los ideales socialistas de sus componentes, pero se aprovecha de ellos para sus intrigas y sus crímenes. Estos revisten así un carácter político, impersonal y hasta desprendido. La venganza se enmascara de idealismo, y el propio enemigo se torna enemigo del pueblo y de sus ideales. Así Verjovenski logra que el grupo decida la muerte de Schatov, acusándolo de traición, porque un día le escupió en el rostro. Para servir los intereses de Stavroguín, al que demuestra un gran servilismo, manda asesinar a María Timofeina, la pobre lisiada con la que aquél ha contraído un matrimonio insensato. Hace asesinar también al hermano de María, el capitán Lebiadkin, con una frialdad que está más allá de lo humano, una frialdad rayana en fiereza, presiona a Kirilov para que ejecute su anunciado suicidio y suscriba un documento declarándose autor de la muerte de Schatov, documento que lo salvaguardará de la justicia.

Su placer es la conspiración, pero no porque persiga finalidad alguna, pues carece de un firme ideal. No es un fanático, ni un doctrinario, como el mismo lo da a entender riendo: “Yo soy un tunante, pero un socialista, ¡ja, ja!”. Se mofa de las doctrinas de Schigalev, pero las hace suyas en lo que tienen de más insensato y diabólico. “¡Ese tipo es genial! —dice hablando con Stavroguín—. ¿Sabía usted que es un genio parecido a Fourier? Pero más fuerte y más atrevido que él: lo cultivaré. ¡Ha inventado la igualdad! Su manuscrito tiene cosas formidables; figura en él el espionaje. Según su teoría, todo miembro de la sociedad debe observar a los otros, siendo necesaria la delación. Cada uno les pertenece a todos y todos a cada uno. Todos son esclavos y en la esclavitud iguales. En los casos extremos debe haber la calumnia y el asesinato, y, sobre todo, conservar la igualdad. Rebajar el nivel de la cultura, de la ciencia y los talentos. Este alto nivel sólo se obtiene mediante inteligencias superiores y no las queremos. Estas lograron en todas partes el poder y se convirtieron en déspotas. Siempre producen más daño que beneficio; hay que expulsarlas y aplicarles el suplicio. A Cicerón se le saca la lengua; a Co-

pérrnico se le arrancan los ojos; a Shakespeare se le lapida; ¡en eso consiste la schigalevschina! ¿Le extraña?; pues yo estoy aquí por ella!"⁵⁴.

Verjovenski se nos presenta acá un poco de cuerpo entero: lo vemos regodearse en su perfidia y en su sardónico cinismo, pero sobre todo lo vemos como un charlatán que se complace en escandalizar, con sus diabólicos proyectos, a las conciencias honestas y aun a aquellas que, como la de Stavroguín, están un tanto curtidas por el mal. Sabemos empero que este charlatán no le hace remilgos al crimen, a la ruindad, ni a la fechoría. Verjovenski es un perverso frío. Un hombre sin Dios, que ha elegido el mal por el mal. Un cerebro sin corazón, pero un cerebro mezquino. No es grande ni en la inteligencia, ni en el valor; es un mediocre y un cobarde. Nunca afronta el peligro y es tan vil que él mismo delata los trajines revolucionarios de su grupo ante el Gobernador. Tiene un asesino a sueldo al que al final asesina también, no sólo para eliminar a un testigo y cómplice de sus crímenes, sino para vengarse de su desprecio, pues aun éste, el asesino Fedka, un evadido de la cárcel, siente asco por él, comprendiendo su vileza. "El señor Stavroguín comparado contigo —le dice un día Fedka— se halla como en la parte alta de una escalera, y tú estás abajo ladrando, como un perro sarnoso, y cuando él, de arriba, te escupe, te honra"⁵⁵. Y en otra ocasión le arroja su desprecio a la cara, diciéndole: "Tú eres un piojo, eso es lo que tú eres para mí"⁵⁶.

En efecto, ni un asesino podría haber sentido simpatía por este hombre que, a su vez, no sentía simpatía por nadie y que a todos los hacía objeto de su odio sarcástico, hasta a su mismo padre. Precisamente uno de los diálogos con su padre nos revela hasta qué punto un alma puede estar desprovista de todo sentimiento, de toda nobleza y de todo valor moral. Vamos a citar una parte de este diálogo, que preferimos tomarlo de la obra de Camus, *Le Possédés*, porque en él se resume lo que en la novela se halla disperso en varios diálogos:

Verjovenski se ufana ante su padre diciendo "Nosotros vamos a rehacer el mundo. Nosotros somos los salvadores.

—¿Es posible —contesta Stephan Trofimovich— que tal como eres tú, te pretendas ofrecer a los hombres como un nuevo Cristo? Pero mírate a ti mismo.

—No grites —exclama Verjovenski—. Nosotros destruiremos todo. No dejaremos piedra sobre piedra. Entonces dominará la igualdad. ¿No predicaste, acaso, eso? Y bien, tú lo tendrás. Y yo te apuesto que no reconocerás tu obra.

—No la reconoceré por cierto, si ella se te parece —dice el padre

indignado—. No es a semejantes cosas a las que yo he aspirado y he enseñado a ustedes a desear. Ahora no comprendo ya nada. He cesado de comprender.

—Es porque tú tienes los nervios enfermos —contesta Verjovenski riendo—. Tú no hacías más que discursos. Nosotros pasaremos a la acción. ¿De qué te quejas viejo destornillado? Yo he seguido tus lecciones. Era necesario, según tú, ser duro con la injusticia y, firme en el propio derecho, ir hacia adelante, hacia el porvenir. Pues bien, allá vamos, y golpearemos duro. Ojo por ojo y diente por diente, como en el Evangelio.

—Desgraciado —exclama el padre—. Eso no dice el Evangelio.

—Al diablo entonces con el Evangelio. Yo no he leído ese abominable libejo. Ni ningún otro, por lo demás. ¿Para qué sirven los libros? Lo único que cuenta es el progreso.

—Tú estás loco —le dice Stephan Trofimovich—. Shakespeare y Hugo no impiden el progreso. Por el contrario, por el contrario...

—No te excites —contesta Verjovenski riendo—. Hugo no es sino una vejiga desinflada. En cuanto a Shakespeare, nuestros aldeanos que andan por el campo no tienen ninguna necesidad de él. Lo que necesitan son zapatos. Nosotros se los daremos, después de haberlo destruido todo.

—¿Y cuándo será eso? —pregunta Stephan Trofimovich, con cierto tono irónico.

—En mayo —contesta Verjovenski—. En junio todos estarán haciendo zapatos. Puedes estar contento: tus ideas van a ser realizadas.

—Esas no son mis ideas. Tú te propones destruir todo, no dejar piedra sobre piedra. Yo no he enseñado eso. Yo quería que todos se amaran.

—No hay ninguna necesidad de amor. Ahora habrá ciencia.

—Pero ese mundo será frío y tedioso.

—¿Por qué tedioso? Esa es una idea aristocrática. Los que son iguales no se aburren nunca. Tampoco se divierten. Todo les es indiferente. Cuando tengamos la justicia unida a la ciencia, no habrá amor ni tedio. Todo se olvidará.

—Nunca hombre alguno aceptará olvidar su amor.

—Esas son frases. A la larga o a la corta se olvida. Y cuanto más pronto se olvide mejor. Por lo demás, tú no sabes lo que quieres. Yo, en cambio, lo sé. Lo único necesario es cortar la mitad de las cabezas. Y a los que queden con su cabeza puesta se les hará beber.

—Es más fácil cortar cabezas que tener ideas.

—¿Qué ideas? Las ideas son pamplinas. Y para tener justicia es necesario suprimir las pamplinas. Las ideas están bien para los hom-

bres como tú. Hay que elegir. Si tú crees en Dios, estás obligado a decir pamplinas. Si no crees y rehusas concluir que todo debe ser exterminado, seguirás diciendo pamplinas. He ahí hacia dónde llegan ustedes. Yo en cambio digo que es necesario obrar. Yo destruiré y otros construirán. Nada de reformas, nada de mejoras. Cuanto más se mejoran las cosas es peor. Mejor es destruirlo todo. Hay que comenzar destruyendo, el resto no nos interesa. El resto son pamplinas, pamplinas, pamplinas —dijo riendo descaradamente—”⁵⁷.

Este hombre diabólico envuelve a todos en su burla perversa, y goza atemorizando y atormentando a los demás. El dolor y la angustia de su padre le producen una suprema voluptuosidad, si es que la voluptuosidad aun puede darse en un hombre semejante, en un hombre de hielo. La frialdad de su alma y la dureza pétrea de su ser no se alteran ni ante su propia risa, porque la suya es una risa fría, es la carcajada de Satán.

Verjovenski quisiera hundir al mundo en la depravación, humillar el pudor, abatir todo bien y toda belleza. Quisiera ver a los hombres cubiertos con el fango del vicio y de la corrupción, pues así perderían el don de su libertad —sin dignidad no hay libertad— y serían más fácil presa del Estado endemoniado que imagina.

—Mire usted —le dice en una ocasión a Stavroguín—, con mis propios ojos vi a un niño de seis años que llevaba a su madre ebria, mientras ésta le decía palabras inmundas. Créame, que eso me alegró. Cuando caigan en nuestras manos quizás los curaremos. Si es necesario los enviaremos por cuarenta años a un desierto. Pero una o dos generaciones depravadas son ahora indispensables; de una depravación ruin, en que el hombre sea un ser asqueroso, cobarde, cruel, egoísta. ¡Eso es lo que hace falta! Y además les daremos un poco de sangre fresca para que se vayan acostumbrando⁵⁸.

A todos por igual quisiera pisotearlos en el charco de la degradación y mofarse de ellos con escarnio, pero hay a quienes teme, como a Nicolás Stavroguín, y su cobardía se manifiesta entonces en vil adulación. Ante él se arrastra como un gusano, o mejor como una serpiente venenosa, pues en el fondo lo odia, pero comprende su superioridad y sabe que sin él nada podría hacer, ya que es el prestigio de Stavroguín el que atrae a los integrantes de su grupo. Además Stavroguín tiene para él como un poder oculto que, a pesar de su frialdad, lo enajena. Quiere hacer de él el jefe de la conspiración, el zar de los nihilistas. En su rastrera adulación le dice:

—¡Stavroguín, usted es bello! Usted es fuerte e inteligente. ¡Usted es mi ídolo! Yo soy un nihilista y los nihilistas tenemos necesidad de ídolos. Usted es el hombre que yo necesito. Usted no ofende a nadie,

y todos le odian; usted los mira con indiferencia y todos le temen; es admirable. Nadie se atreve a ponerle la mano sobre el hombro. Usted es un aristócrata tremendo, y cuando un aristócrata se pasa a la democracia es formidable. A usted no le importa sacrificar su vida o la ajena. Es así como debe ser. Sólo yo lo conozco. Usted es el guía, es el sol, y yo soy un gusano. Oígame, no me mire con desprecio. Ya se lo he dicho, penetraremos en el mismo pueblo. ¿No sabe, acaso, que somos bastante fuertes? Los nuestros no son sólo los que degüellan y queman. Yo los cuento a todos; donde hay un maestro que se burla, junto con sus discípulos, de Dios y de su cuna, ya es nuestro. También el abogado que defiende el asesinato de un hombre culto alegando que el asesino tiene menos cultura que sus víctimas para procurarse dinero, y no tenía otro remedio que matar. Lo mismo el colegial que mata a un campesino para experimentar una emoción. El jurado que absuelve todos nuestros crímenes. Los administradores, los periodistas son muy nuestros, y sin que ellos lo sepan. Por otra parte, la obediencia de nuestros estudiantes y de los imbéciles ha alcanzado su más alto grado; a los profesores se les ha reventado la hiel; por todas partes hay una vanidad desmedida, un apetito bestial, inaudito... El dios ruso ha huido ya ante el alcohol. Todos se emborrachan, la madre, los hijos; las iglesias están desiertas, y en voz alta se dice: "Doscientos palos o saca un litro de aguardiente". ¡Oh, espere a que crezca esta generación! Es una pena que no se pueda esperar, porque sino habría aún más borrachera. ¡Es de sentir que no haya proletarios! Pero los habrá, pues eso es lo que perseguimos...

—Usted por lo que se ve no tiene nada de socialista —le contesta Stavroguín—, usted no es sino un ambicioso y un bribón.

—Un bribón, un bribón, de acuerdo. Pero deje que yo le explique mi plan. ¡Nosotros proclamamos la destrucción, pues la idea, a pesar de todo, es tan seductora! Pero es absolutamente necesario articular los huesecillos. Comenzaremos por trastornarlo todo. Incendios, atentados, confusión incesante, la irrisión de todo. Usted comprende, ¿no es verdad? Será magnífico. Una bruma espesa descenderá sobre la Rusia. La tierra tendrá que llorar a sus antiguos dioses...⁵⁹.

El alma aviesa de Verjovenski no alienta sino un deseo puro de destrucción, que yace en el fondo del socialismo revolucionario, pues los ideales de justicia y de renovación se quedan en la ribera inalcanzable de la utopía, cuando son algo más que una añagaza para coger incautos. Lo que hay de positivo es la ambición del poder, la ambición desnuda del poder, unida con frecuencia, como en el caso de Verjovenski, a una moral resentida, de la que nace el odio, un odio a toda forma de vida feliz y creadora.

Se ha dicho que toda pasión se reduce al amor y al odio, y que el odio mismo se reduce al amor, porque odiamos lo que niega o impide el objeto deseado. Odiamos el mal porque amamos el bien. Pero ante Verjovenski estamos ante un odio que no nace del amor, ante un odio frío, despersonalizado, sin objeto; ante un odio que no pide ni desea nada, o que desea eso precisamente, la nada, la pura Nada. Un odio satánico que se complace en la destrucción por la destrucción misma. Este odio, es un odio que está más allá de la pasión, aun de la pasión fría de la que habla Guardini. Es un odio gratuito que no engendra la ira sino la mofa. Un odio impasible y persistente. Un odio congelado que se mantiene bajo cero. Un odio que es la muerte.

No se ha dado un personaje tan siniestro como Verjovenski en ninguna otra obra de Dostoiewski y, que yo sepa, en ninguna otra novela. Pero si no se da en la literatura, se da por desgracia, en la realidad. Nuestra política latinoamericana, tan proclive a la revolución, a la demagogia, a la medida brutal y sangrienta en la asonada o en la represión, es caldo propicio de cultivo para esta fauna envenenada, y no son pocos los Verjovenskis que se hallan detrás de toda revolución.

Kirilov o la salvación del hombre-dios

En *Los Endemoniados* de Dostoiewski no todos son endemoniados. El espíritu demoníaco no se enseñorea sólo de las almas perversas, sino también —por sutiles designios— en almas dotadas para el bien, unas, como en Stavroguín, porque están vacías de Dios, y otras por un hambre de divinización que constituye una rebeldía contra Dios, como en el caso de Kirilov. Kirilov, es quizás, el personaje más interesante de la obra de Dostoiewski. Leon Chestov dice: "El verdadero héroe de *Los Endemoniados* no es Verjovenski, no es tampoco Stavroguín; es el grande, el enigmático "estilita" Kirilov. Ese hombre que tartamudea, que parece arrancarse las palabras de la garganta, que no hace nada y no quiere hacer nada, es el alma de la novela"⁶⁰.

Chestov, al llamar a Kirilov "estilita", parece recordar a su propósito a aquel santo de la Tebaida que vivió años sobre una columna. Será quizás porque Kirilov vive asentado sobre una idea. Una y la misma absorbe todo su pensamiento. Este hombre no duerme, se pasa toda la noche caminando de un extremo al otro de su habitación, tomando té, y sumido en sus cavilaciones. No hace nada más que pensar, y permanentemente da vueltas al mismo pensamiento. "Toda la vida de Kirilov se concentra en su interior en un único objeto... y por cierto que éste es la cuestión fundamental y más terrible de la

existencia humana. Un pensamiento nacido de largas, atormentadoras búsquedas llena su espíritu. No se trata sólo de un pensamiento, de una imagen, sino de una fuerza viva que concentra en sí todas las fuerzas de Kirilov, que concentra toda su vida interior en un único punto, de tal modo poderosa que él ya no es dueño de sí mismo sino que sucumbe ante ella. Es lo que Dostoiewski llama *idea* que es más que pensamiento porque es fuerza, más que instinto porque se aparece con evidencia; más que teoría porque tiene el carácter de lo vivo y es como una inervación del querer y del obrar. La *idea* significa en Dostoiewski algo religioso. Muchas veces es un hecho de la fe como en Aliocha Karamazov; otras veces es una falsa forma de la fe como en Ippolit de *El Idiota*. No surge la *idea* como producto de una operación conceptual sino de la intuición y a veces se da en una experiencia extática. La *idea* puede ser una fuerza capaz de elevar al individuo a supremas esferas, como en Aliocha, pero también espurios productos de compensación para una vida que se está haciendo imposible, como en el caso de Ippolit, y también el poder demoníaco de posesión, como ocurre en Kirilov"⁶¹.

Kirilov no puede comprender que los hombres vivan volcados hacia sus pequeños menesteres cotidianos, y permanezcan ciegos ante su misma realidad, ante la profunda realidad humana amarrada a la muerte, al dolor y a la esperanza en un Dios que se esconde cuando se lo busca y que persigue cuando se huye de él. "A mí Dios me ha atormentado toda la vida", exclama hablando con el narrador. Kirilov es un ateo lleno de profunda religiosidad. Piensa en Dios día y noche, pero piensa que Dios no es sino un fantasma que atemoriza y esclaviza a los hombres. A él se podría aplicar lo que él mismo dice de Stavroguín: "A Stavroguín también se lo ha comido una idea... Si cree, no cree que cree; si no cree, no cree que no cree"⁶². Verjovenski dice que Kirilov es más creyente que un pope, y la verdad es que siempre tiene prendida una luz frente al Icono que hay en su alcoba. Pero él ha resuelto no creer en Dios, mas como "Dios es necesario" según él mismo dice, piensa que el hombre debe convertirse en dios.

Según Kirilov lo que esclaviza a los hombres es el miedo a la muerte, pero el hombre es tan cobarde e insensato que trata de ocultarse aun ese mismo miedo, no pensando en él. Sólo cuando se venza a la muerte el hombre será verdaderamente libre, y cuando sea libre será dios. "Yo he estado tres años —dice— buscando el atributo de mi divinidad, hasta que al fin lo he encontrado: el atributo de mi divinidad es el libre albedrío... Si Dios existe —continúa— todo depende

de él, y yo no puedo nada fuera de su voluntad. Si él no existe, todo depende de mí, y yo debo afirmar mi independendencia"⁶³.

Pero no desea afirmar su independendencia cometiendo un asesinato, como Raskolnicov, de *Crimen y Castigo*, ni tampoco realizando ninguna acción política. Kirilov es más profundo. Lo demoníaco en él cobra un carácter metafísico. Kirilov quiere matar el miedo a la muerte, matándose. "Para ser libre —dice— es necesario vencer el sufrimiento y el terror. Entonces no habrá Dios, y el hombre será por fin libre. El que se atreva a matarse no por desesperación, ni por locura, sino fríamente, ese hombre será dios. Nadie ha pensado todavía en esto. ¡Pero yo sí!".

—Hay muchísimos que se matan —contesta Grigoriev.

—Sí —dice Kirilov—, pero no por esto. Siempre por miedo pero jamás para matar el miedo. "El que se mate para matar el miedo, en ese mismo instante se convertirá en dios"⁶⁴.

Aparte de esta obsesión, Kirilov es un hombre bueno. Ama a los niños y le gusta jugar con ellos. Es sensible al dolor de los hombres y le atormenta la miseria y la desgracia ajena. Aunque se pasa la vida encerrado en su pieza, pensando en la muerte, no es un resentido, ni mucho menos un odiador. Ama a los hombres, ama la naturaleza, ama la vida. Todo es bueno y bello para él, aun la hoja caída de un árbol. "La hoja es bella, la hoja es buena, todo es bueno".

—Usted reza todavía, ¿no es verdad? —le dice un día inquisitivo Stavroguín.

—Yo le rezo a todo —contesta Kirilov—. Mire usted: "una araña va subiendo por la pared; yo la miro y le doy gracias por subir por la pared". Oyéndole hablar de la hoja y de la araña, Stavroguín le pregunta: ¿"Usted es feliz, Kirilov"?

—Sí, muy feliz —responde él—. "El hombre es desdichado, porque no sabe que es dichoso. Eso es todo, todo. El que se da cuenta, inmediatamente es feliz, en el mismo instante". Y un poco más adelante dice: "Los hombres no son buenos, porque no saben que son buenos. Es menester hacerles saber que son buenos y todos inmediatamente serán buenos, desde el primero al último. He ahí todo el pensamiento, todo, y fuera de él no existe ninguno"⁶⁵.

Kirilov quiere alcanzar la dicha para los hombres, el estado de plenitud, la divinización, pero no por medio de la gracia, obtenida de Dios, sino por un acto del libre albedrío, por un acto desesperado, precisamente contra Dios, aniquilándolo. El aspira a una transformación de la esencia misma del hombre, muy semejante a la que después Nietzsche predicará en el *Zaratustra*⁶⁶. El habla del *hombre-dios*, como Nietzsche hablará del *superhombre*. La transformación será tan

completa que la historia y el tiempo mismo se detendrán. "Entonces empezará una nueva vida, entonces, existirá el hombre nuevo, todo será nuevo..."⁶⁷. El mundo cambiará:

—El que les enseñe que todos son buenos pondrá fin al mundo —dice un día en presencia de Stavroguín.

—Al que se lo enseñó lo crucificaron —exclama éste.

—El viene y su nombre será *hombre-dios* —continúa Kirilov sin escucharlo.

—¿Dios-Hombre?

—No, hombre-dios. Ahí está la "diferencia"⁶⁸.

Cuando se realice esa transformación habrá una "terrible libertad" y una "terrible alegría". Y "lo más terrible de todo es que sea una cosa tan inmensamente clara y se sienta tal alegría"⁶⁹. Ese estado de plenitud es concebido en forma muy semejante al paraíso cristiano, que trasciende la temporalidad:

—La vida existe, y la muerte no existe en absoluto —dice hablando con Stavroguín.

—¿Es que cree usted en la otra vida eterna? —le pregunta éste.

—No, no en la otra vida eterna, sino en ésta de aquí, eterna. Hay minutos, tiene uno minutos en que, de pronto, se detiene el tiempo y se hace eterno.

—¿Espera usted alcanzar tales minutos?

—Sí.

—Eso apenas es posible en nuestro tiempo —dijo Stavroguín, también sin la menor ironía, lentamente y como pensativo—. En el Apocalipsis jura el ángel que no habrá más tiempo.

—Lo sé. Así lo dice allí con toda precisión y exactitud. Y cuando todo hombre haya alcanzado la dicha, entonces no habrá más tiempo, porque no será necesario. Es un pensamiento muy justo.

—¿Dónde lo esconderán entonces?

—En ninguna parte lo esconderán. El tiempo no es un objeto, sino una idea. Se extinguirá en la mente"⁷⁰.

Esos "Minutos" en los que se nos da, de pronto, la eterna armonía, pueden ser captados por el hombre, pero en una forma muy fugaz porque en el estado actual no podría soportarlos. Tiene que transformarse físicamente para poder vivir lo que ahora se nos da como una iluminación, pues es algo tan maravilloso que en su contemplación el hombre moriría:

—Aguarde usted, aguarda usted —le dice un día a Schatov—, ¿no se imagina que pueda uno tener minutos en que perciba la eterna armonía? ... Hay segundos, sólo se dan cinco o seis segundos, en que de pronto siente usted la presencia de la plena armonía completa-

mente lograda. No es cosa terrenal, no quiero decir que sea celestial, sino que el hombre en su forma terrenal no puede soportarla. Necesita transformarse físicamente o morir. Es un sentimiento claro e indiscutible. Parece como si de pronto sintiera usted toda la naturaleza y saliera diciendo: "Sí, es verdad". Dios al crear este mundo, al final de cada día de creación dijo: "Sí, es verdad: está bien". Esto . . . , esto no es ternura, sino simplemente alegría. No perdona usted a nadie porque nada hay ya que perdonar. No es que usted ame. ¡Oh!, eso está muy por encima del amor. Lo más terrible de todo es que sea una cosa tan inmensamente clara y se sienta tal alegría. Si durase más de cinco segundos, el alma no lo aguantaría y tendría que desaparecer. En esos cinco segundos he vivido yo una vida, y por ellos daría mi vida, toda, porque lo valen"⁷¹.

Vemos que Kirilov se acerca mucho a los místicos. Su experiencia de la "eterna armonía" es semejante a un éxtasis, en el que la divinidad se da como una naturaleza transformada. Espera que la eternidad se cumpla en el mundo, pero rehusa esperar que el mundo se trascienda en la eternidad. Su paraíso no es naturalmente el "paraíso de los trabajadores" del socialismo ateo. Kirilov es demasiado profundo para caer en un materialismo tan grosero. Su pensamiento tiene siempre resonancias metafísicas. Es en verdad un alma religiosa, pero dominada por una idea diabólica.

Kirilov se propone *matar* a la muerte venciendo el miedo a la muerte, y así dominar a la naturaleza y transformar al hombre. Triunfar de la naturaleza es, para él, triunfar del "muro de la necesidad", de la lógica, del "dos y dos son cuatro" del Hombre del Subterráneo. Sólo venciendo a la Naturaleza se puede llegar a ser dios, a esa inexorable Naturaleza que no tuvo piedad ni de Cristo, según dice él:

Como Verjovenski un día se burlase de su fe y de su angustia mística, "oiga usted —dijo Kirilov deteniéndose inmóvil con los extraviados ojos perdidos en el vacío—, oiga usted una gran idea: hubo en la tierra un día en que en medio de ella se alzaban tres cruces. Uno de los que estaban en la cruz hasta tal punto creyó que dijo a otro: "En verdad te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso. Al expirar el día, ambos murieron, llegaron y no encontraron ni paraíso ni resurrección; no se verificó lo dicho. Oiga usted, aquel hombre estaba por encima de toda la tierra, constituía todo lo que merece la pena vivir por ello. Todo el planeta con todo lo que contiene, sin ese hombre . . . sería una locura. No hubo, ni antes ni después, ninguno que se le pareciese, ni nunca lo habrá, siendo hasta un milagro. Y es ése el milagro, que no haya ni habrá nunca otro igual. Y si es así, si las leyes de la naturaleza no tuvieron piedad ni de El, y ni siquie-

ra del milagro tuvieron piedad y lo dejaron vivir en medio de mentiras y morir por una mentira, resulta que el planeta entero es una mentira y no descansa sino sobre la mentira. Esto quiere decir que las leyes mismas del planeta son mentira y comedia diabólica. ¿Para qué vivir? Contesta si eres hombre"⁷².

Guardini observa que hay acá una clara relación de Kirilov con la figura de Jesucristo: "Así lo ha dicho El", constituye para Kirilov un argumento decisivo, mas la *gran idea* consiste en comprender que Jesucristo no ha podido redimir este mundo de ahora porque permaneció dentro del orden mismo de la existencia. La naturaleza, en su forma física actual era más fuerte que El. Es, pues, preciso que advenga otro salvador y que desde una posición auténtica descubra la mentira del mundo y eleve la existencia actual en su totalidad. Ese sería el propio Kirilov"⁷³.

Hay en verdad en Kirilov un gesto de mesianismo, pero de un mesianismo diabólico. Piensa que para que advenga a los hombres la plenitud del bien y de la felicidad, alguien debe sacrificarse, alguien debe matar el miedo a la muerte, matándose. Y decide que ese alguien debe ser él. El debe morir para enseñar a los hombres a ser libres. "Yo me mataré —dice—, y me mataré para probar a los otros la terrible libertad del hombre. Yo soy desgraciado porque soy el primero y porque tengo un miedo horrible. Pero yo comenzaré y abriré la puerta. Todos me seguirán y todos deberán ser dichosos para siempre"⁷⁴.

Kirilov considera su muerte como un imperativo que le está, en cierta manera, impuesto por el hecho de ser libre. Se ve obligado a suicidarse, a pesar de que ama la vida y anhela vivir, porque desea alcanzar "el punto más alto". El hombre que se descubre libre, y asume su libertad, está en el deber de manifestarla en toda su plenitud. "Yo estoy obligado a pegarme un tiro —dice— porque en eso radica la plenitud de mi libre albedrío... en matarse uno mismo"⁷⁵. Y luego: "Esto es todo por lo cual puedo yo demostrar, en la más alta acepción, mi rebeldía y mi nueva terrible voluntad. Porque es muy terrible"⁷⁶.

No resulta muy claro de sus palabras —siempre balbucientes, como en un penoso esfuerzo de expresión— si todos los hombres deben seguirlo por el camino del suicidio o si basta el sacrificio de uno solo para que se obtenga la plenitud y divinización. Matarse es matar el miedo; matar el miedo es ser libre, y el que manifiesta una libre voluntad es dios. Esta es la rigurosa e inexorable lógica de Kirilov.

El rigor de su pensamiento lleva a Kirilov al suicidio, a ese extraño suicidio que no es efecto de la pasión ni de la desesperación y que Dostoiewski ha llamado después "suicidio lógico"⁷⁷, y Camus, "sui-

cidio filosófico"⁷⁸. Su razonamiento, coherente en la forma pero torcido en el fondo, lo conduce a la muerte. Esta muerte tiene, a no dudarlo, en sus móviles, algo de grandeza. Se mata por los demás, porque en su locura cree enseñar a los hombres a ser libres y a ser dioses. Pero toda vez que el hombre quiere ser dios está condenado al fracaso. El pecado de Satán sólo puede producir consternación, y así el suicidio de Kirilov se realiza en una escena horrible. Muere arrinconado y temblando de espanto. El, que se proponía matar el miedo muere con gran miedo. Por otra parte, su suicidio sirve para encubrir un cobarde crimen, el asesinato de Schatov, por obra de Verjovenski y de su grupo. Así, el hecho que apuntaba "a lo más alto", resulta en la realidad algo turbio y nefando.

La negrura de ese acto y de ese pensamiento parecen, sin embargo, disonar en el alma candorosa de Kirilov. Aquí encontramos también ese singular dualismo de los personajes dostoiéwskianos que pasan sin transición del extremo del bien al extremo del mal. No quiere esto decir que haya dobleces en su alma, pues Kirilov es un hombre sincero para consigo mismo y para con los demás, pero es un alma que parece albergar otra muy distinta. Es un hombre de verdad y de bien, mas está como dominado por una idea obsesora, por un espíritu extraño que se ha apoderado de su ser. "El alma de Kirilov —dice Guardini— es un alma delicada, pero actúa en él una lúgubre fuerza de pensar"⁷⁹. Es, sin duda, un espíritu demoníaco el que impera en su pensamiento y en su acto final. El también es un poseso, a pesar de su bondad connatural. De ahí su rebeldía y su lucha contra Dios; de ahí su anhelo de divinización del hombre, y de ahí también su extraño mesianismo, ese mesianismo que busca la salvación de los hombres, pero una salvación torcida, una salvación que no es vida sino muerte.

Todo hombre-dios es satánico y no producirá sino más angustia y más desesperación. La salvación no podrá venir de ningún hombre que quiera hacerse dios, sino del Dios que se hizo Hombre. Esta parece ser la enseñanza de "Los Endemoniados": Todo hombre-dios y todo Estado divinizado es satánico. Los valores de "justicia" y de "libertad" cuando tienen un sentido torcido sólo aportan la esclavitud, la destrucción y la muerte.

La novela termina con la profesión de fe de Stepan Trofimovich, el padre de Pietro Verjovenski, y esta profesión de fe es como una luz que, dominando las tinieblas del horror de ese mundo endemoniado, se eleva al cielo buscando al Dios del amor. El viejo Stepan comprende al final que sólo el amor vence al mal, al error y a la

muerte, y que no es con doctrinas de odio y destrucción como el hombre ha de salvarse.

Empapado en las ideas liberales y librepensadoras de su siglo y enamorado luego de los nuevos conceptos de justicia y revolución social, pasó la vida adocrinando a la juventud y fue el mentor de Stavroguín y de su hijo Pietro, cuyos corazones envenenó con aquellas doctrinas, sembrando además en sus mentes la confusión y la duda. No lo movía, sin duda, una mala intención sino la vanidad intelectual de jugar con las ideas, de hacer frases, de provocar la admiración en las inteligencias juveniles. Nunca creyó que aquellas ideas, vestidas con el oropel del idialismo, pudieran hacer daño, hasta que se dio cuenta, en la conversación con su hijo, de la manera páfida en que habrían de ser realizadas. Las ideas se desenmascaran y se desnudan de su ropaje de impostura al contacto con la realidad. Stepan Trofimovich comprendió, en efecto, que todo lo que había predicado y escrito hasta entonces era en el fondo falso y engañoso: "Yo he mentido toda mi vida"⁸⁰, decía desolado en su lecho de muerte. Y temblaba por el futuro de su tierra a la que veía enferma y devorada por un enjambre de demonios. "Léame, en el evangelio, el pasaje sobre los puercos", le dice a Sofía Matvieyevna, que se halla sentada a la cabecera de su cama. Y cuando ésta le lee ese pasaje del evangelio de San Lucas, dice Trofimovich: "Esos demonios que salen de un enfermo y se entran en un puercos... esos venenos, esas llagas, esas impurezas, esas miasmas, esos demonios son los mismos que se albergan en el cuerpo de nuestro grande y amado enfermo, de nuestra Rusia. Pero una gran idea y una gran voluntad miran por ella desde arriba, como por ese loco endemoniado⁸¹, y saldrán todos esos demonios, toda esa impureza, toda esa ruindad aflorando a la superficie..., y ellos mismos pedirán entrar en los puercos. Pero el enfermo aquel se salvará y "se sentará a los pies de Jesús", y todos serán salvados. Sí, la Rusia se salvará un día"⁸².

Y esa salvación, para quien había predicado hasta entonces la incredulidad, sólo podía venir de la fe, de la fe en un Ser infinitamente justo y bueno, en un Dios del amor. "Dios me es indispensable, porque es el único capaz de amar siempre...", dijo pensando sin duda que por la fuerza de ese amor se salvaría el mundo, los hombres todos y hasta quizás su propio hijo. Y luego: "La única idea sempiterna de que existe algo más justo y feliz que yo basta henchirme todo de una ilimitada ternura y... alegría. ¡Oh, sea quien fuere y haga lo que hicierel Al hombre, mucho más indispensable que su propia felicidad le es saber, y siempre creerlo, que en algún sitio hay una felicidad perfecta y tranquila para todos y para todo... La ley

de la vida del hombre se reduce a que el hombre pueda inclinarse siempre ante lo infinitamente grande. Si se le privara de esto, dejaría de vivir, moriría en la desolación. Lo inconmensurable y lo infinito son tan necesarios para el hombre como el planeta en que vive...⁸³. Y la vida del alma logra su perennidad por el amor: "Mi inmortalidad es indispensable, aunque sólo fuera porque Dios no querrá cometer una injusticia y apagar del todo el fuego de amor que El ya ha encendido en mi corazón. ¿Y qué máspreciado que el amor? El amor es superior a la existencia; el amor es la corona de la vida, ¿y cómo es posible que la vida no le estuviera subordinada? Si yo le amaba a El y me regocijaba en su amor... ¿es posible que El me destruya a mí y a mi alegría, y nos reduzca a cero? ¡Si hay Dios, yo soy inmortal! He ahí mi profesión de fe"⁸⁴.

La vuelta de Stepan Trofimovich hacia todo lo que había negado hasta entonces —Dios, eternidad, caridad, perdón—, que es como un retorno del alma a su auténtica senda, nos da el verdadero sentido de la novela. En ella se expresa que el hombre descarriado de hoy, perdido en el laberinto de las doctrinas negadoras y desquiciadoras, volverá a encontrar el camino de la verdad, del bien y de la salvación. El mundo actual está en crisis: crisis de principios y de valores, mas no porque los valores hubieran perdido su validez y los principios su fundamento, sino porque se padece de una ceguera colectiva que impide una justa estimación de los hechos y de las cosas. Es, ante todo, una crisis de valoración cuyas consecuencias pueden ser enormes. Las juventudes de hoy, y tanto más quizás las de nuestra América Latina, están envenenadas de revolucionarismo, del deseo de trastrocarlo todo por el solo deseo de trastrocarlo todo. Hay como un regusto diabólico de destrucción; una voluptuosidad desquiciadora. Y este espíritu se manifiesta principalmente en la política, lo que hace posible el logro, por lo menos momentáneo, del socialismo ateo. Mas de la obra de Dostoiewski se desprende el mensaje según el cual mientras el hombre conserve una fe firme en Dios no habrá que temer el triunfo del mal y de las doctrinas negadoras, y que cuando Dios está en el corazón del hombre no hay poder diabólico ni dialéctica torcida que lo puedan arrancar, como ya lo afirmaba el príncipe Myshkin: "Al sentimiento religioso, en esencia, no lo puede dañar ningún razonamiento, ninguna falta, ningún crimen, ningún ateísmo; hay algo aquí que permanece y permanecerá fuera de todo esto, algo a lo que nunca alcanzarán los argumentos de los ateos"⁸⁵.

Esto quiere decir, en otras palabras, que Dios no abandonará al hombre, siempre que éste le abra su corazón. La fe será el mejor escudo para el espíritu de desilusión y desesperanza que muchas veces

se apodera del hombre de buena voluntad ante la vista de un mundo desquiciado, en el que parecen triunfar la picardía, la mentira y el crimen. Contra la negadora doctrina del socialismo ateo debemos hacer activa y vivificante en nosotros la doctrina de Cristo, que es doctrina de amor y de creación. Así el hombre podrá esperar que la anarquía del mundo actual se resuelva en el "nuevo orden" del que hablaba Landsberg⁸⁶, y que consistirá en una nueva ordenación de los valores: el primado de lo espiritual sobre lo material, de lo ético sobre lo utilitario, de la verdad sobre toda mistificación, del amor sobre toda forma de egoísmo. El hombre, como Stepan Trofimovich, se salvará de un mundo endemoniado por el camino de la esperanza y de la fe.

N O T A S

¹Partidarios de Petrachevski, uno de los líderes del socialismo revolucionario ruso, a cuyo grupo pertenecía Dostoiewski.

²Dostoiewski, *Diario de un Escritor*, Trad. de Cansinos Assens, Ed. Aguilar, Madrid.

³Dostoiewski, *Diario de un Escritor*, Ed. Aguilar.

⁴Dostoiewski, *Los Endemoniados*, Trad. de Jorge de Meyendorff, Ed. Calpe, Madrid. Para esta obra, que constituye el centro de nuestro estudio, hemos consultado también: *Les Possédés*, Trad. al francés de Victor Derély, Ed. Plon, Paris; *Demonios*, Trad. al español de Cansinos Assens, Ed. Aguilar, Madrid, y *Los Endemoniados*, Trad. de Gómez Lucena, Ed. Zig-Zag, Santiago.

⁵Dostoiewski, *Diario de un Escritor*, Ed. Aguilar.

⁶Leon Chestov, *La Filosofía de la Tragedia* (Dostoiewski y Nietzsche), Trad. de D. J. Vogelmann, Ed. Emecé, Buenos Aires.

⁷Dostoiewski, *Diario de un Escritor*, Ed. Aguilar.

⁸Dostoiewski, *La Casa de los muer-*

tos, Trad. de Cansinos Assens, Ed. Aguilar, Madrid.

⁹Dostoiewski, *Humillados y Ofendidos*, Trad. de Cansinos Assens, Ed. Aguilar, Madrid.

¹⁰Wladimir Soloviev, *El significado de Dostoiewski*, Rev. "Estudios", 16, Santiago.

¹¹Dostoiewski, *Los Endemoniados*.

¹²Dostoiewski, *Los Endemoniados*.

¹³Sin embargo, Soloviev, que fue contemporáneo de Dostoiewski, dice que el suceso fue posterior a la novela: "Se sabe que la obra *Crimen y Castigo* apareció poco antes del crimen de Danilos y Korakozov, estudiante de la Universidad de Moscú, quien asesinó y robó a un usurero, y la obra *Los Endemoniados* antes del proceso de Neschayev y sus compañeros". De ser esto así, constituiría un buen argumento en pro de la doctrina estética de Oscar Wilde, según la cual la naturaleza copia al arte.

¹⁴Dostoiewski, *Los Hermanos Karamazov*, Trad. de Cansinos Assens, Ed. Aguilar, Madrid.

¹⁵Pietro Verjovenski, de *Los Endemoniados*.

¹⁶Dostoiewski, *Diario de un Escritor*, Ed. Aguilar.

¹⁷En nuestra América el socialismo revolucionario toma con frecuencia el carácter de un nacionalismo antimperialista, como lo hizo el peronismo en la Argentina, y como sucede ahora con la revolución cubana y la revolución boliviana. Que aquella reciba la ayuda de Rusia y ésta la de los Estados Unidos, no anula la profunda semejanza de su política, tanto en su meta como en sus procedimientos de violencia. Muchas veces el antimperialismo se doblega ante el dólar, y con la máscara exterior de la democracia, se impone dentro del país una despiadada tiranía, y aun medidas de un claro socialismo comunista, como las nacionalizaciones de la industria y de la agricultura, y la transformación del ejército en milicias populares armadas. Sería, pues, muy ingenuo juzgar del espíritu de la política de un gobierno, de su democracia o comunismo, no más que por la buena o mala voluntad con la que éste reciba la ayuda norteamericana.

¹⁸Nicolai Berdiaev, *Hacia una nueva Edad Media*.

¹⁹Dostoiewski, *El Idiota*, Trad. de Fernando Martos, Ed. Emecé, Buenos Aires.

²⁰Nicolai Berdiaev, *Reflexiones sobre la revolución rusa*.

²¹Dostoiewski, *Los Hermanos Karamazov*, Ed. Aguilar.

²²Dostoiewski, *Los Hermanos Karamazov*, Ed. Aguilar.

²³Dostoiewski, *Los Hermanos Karamazov*, Ed. Aguilar.

²⁴Dostoiewski, *El Hombre del Subterráneo*, Trad. de Cansinos Assens, Ed. Aguilar, Madrid.

²⁵Jorge Orwell, *1984*, Ed. Ancora y Delfín, Madrid.

²⁶Kühnelt Leddihn, *Las Lágrimas de Dios*, Trad. de Roberto Prudencio, Ed. Zig-Zag, Santiago.

²⁷Nicolai Berdiaev, *Reflexiones sobre la revolución rusa*.

²⁸Dostoiewski, *El Hombre del Subterráneo*, Ed. Aguilar.

²⁹Dostoiewski, *Un Adolescente*, Trad. de Gómez Lucena, Ed. Emecé, Buenos Aires.

³⁰Gabriel Marcel, *Position et approches concrètes du Mystère Ontologique*, Ed. J. Vrin, Paris.

³¹Max Scheler, *El Resentimiento en la Moral*, Trad. de José Gaos, Ed. Revista de Occidente, Madrid.

³²Dostoiewski, *El Idiota*, Ed. Emecé.

³³Bogumil Jasinowsky, *La Civilización Cristiana Oriental*, Rev. "Estudios" 147, Santiago.

³⁴Baudelaire, *Mon Coeur mis à nu, Oeuvres*, Ed. La Pléiade, Paris.

³⁵Romano Guardini, *El Universo Religioso de Dostoiewski*, Trad. de A. L. Bixio, Ed. Emecé, Buenos Aires.

³⁶Dostoiewski, *Los Endemoniados*.

³⁷Dostoiewski, *Los Endemoniados*.

³⁸Dostoiewski, *Los Endemoniados*.

³⁹Walter Schubart, *Europa y el alma de Oriente*, Trad. del alemán por Antonio Sancho, Ed. Studium, Madrid.

⁴⁰Poseso era la palabra que se empleaba en España para designar al que tenía el diablo en el cuerpo.

⁴¹André Gide, *Dostoiewski*, Ed. Plon, París.

⁴²Dostoiewski, *Los Endemoniados*.

⁴³Romano Guardini, *El Universo Religioso de Dostoiewski*.

⁴⁴Dostoiewski, *Los Endemoniados*.

⁴⁵Dostoiewski, *La Confesión de*

Stavroguín, Trad. de Cansinos Assens, Ed. Aguilar, Madrid.

⁴⁶Dostoiewski, *Los Endemoniados*.

⁴⁷Dostoiewski, *La Confesión de Stavroguín*, Ed. Aguilar

⁴⁸Dostoiewski, *El Hombre del Subterráneo*.

⁴⁹Leon Chestov, *Las Revelaciones de la Muerte* (Dostoiewski y Tolstoi), Ed. Sur, Buenos Aires.

⁵⁰Dostoiewski, *Los Endemoniados*.

⁵¹Romano Guardini, *El Universo Religioso de Dostoiewski*.

⁵²Dostoiewski, *Los Endemoniados*.

⁵³Dostoiewski, *Los Endemoniados*.

⁵⁴Dostoiewski, *Los Endemoniados*.

⁵⁵Dostoiewski, *Los Endemoniados*.

⁵⁶Dostoiewski, *Los Endemoniados*.

⁵⁷Albert Camus, *Les Posédés*, Ed. Gallimard, 1959, Paris.

⁵⁸Dostoiewski, *Los Endemoniados*.

⁵⁹Dostoiewski, *Los Endemoniados*.

⁶⁰León Chestov, *Las Revelaciones de la Muerte* (Dostoiewski y Tolstoi).

⁶¹Romano Guardini, *El Universo Religioso de Dostoiewski*.

⁶²Dostoiewski, *Los Endemoniados*.

⁶³Dostoiewski, *Los Endemoniados*.

⁶⁴Dostoiewski, *Los Endemoniados*.

⁶⁵Dostoiewski, *Los Endemoniados*.

⁶⁶Hay acá una manifiesta semejanza con lo que Nietzsche escribe en el *Así Hablaba Zaratustra*: el anuncio de la muerte de Dios y la necesidad de que el hombre, por una transformación física de su naturaleza, se convierta en dios o en un superhombre. La célebre doctrina nietzscheana es expuesta por Kirilov con bastante antelación. Lo mismo sucede con la moral del hombre fuerte, expresada

Crimen y Castigo, mucho antes que con toda claridad por Raskolnikov de Nietzsche publicara su *Genealogía de la Moral*.

⁶⁷Dostoiewski, *Los Endemoniados*.

⁶⁸Dostoiewski, *Los Endemoniados*.

⁶⁹Dostoiewski, *Los Endemoniados*.

⁷⁰Dostoiewski, *Los Endemoniados*.

⁷¹Dostoiewski, *Los Endemoniados*.

⁷²Dostoiewski, *Los Endemoniados*.

⁷³Romano Guardini, *El Universo Religioso de Dostoiewski*.

⁷⁴Dostoiewski, *Los Endemoniados*.

⁷⁵Dostoiewski, *Los Endemoniados*.

⁷⁶Dostoiewski, *Los Endemoniados*.

⁷⁷Dostoiewski, *Diario de un escritor*.

⁷⁸Albert Camus, *Le Mythe de Sisyphe*, Ed. Gallimard, Paris.

⁷⁹Romano Guardini, *El Universo Religioso de Dostoiewski*.

⁸⁰Dostoiewski, *Los Endemoniados*.

⁸¹Se refiere a su hijo Verjovenski.

⁸²Dostoiewski, *Los Endemoniados*.

⁸³Dostoiewski, *Los Endemoniados*.

⁸⁴Dostoiewski, *Los Endemoniados*.

⁸⁵Dostoiewski, *El Idiota*.

⁸⁶Pablo Luis Landsberg, *La Edad Media y Nosotros*, Ed. Revista de Occidente, Madrid. En esta obra, el gran pensador alemán, desarrolla toda una concepción de la historia, según la cual ésta se realiza en tres épocas sucesivas: el orden, la costumbre y la anarquía. Los valores, anquilosados en la Costumbre, pierden su vigencia en la Anarquía. Una de estas épocas es la nuestra, por lo que nos hallamos al frente de un nuevo orden.